EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

EL OTRO,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
(Sucesor de Hijos de A. Gullon.)
PEZ, 40.—OFICINAS. POZAS,—2—2.°

1883.

EL OTRO.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Cara y cruz, juguete cómico en un acto y en verso.
El sexo débil, juguete cómico en un acto y en verso.
El único ejemplar, comedia en un acto y en verso.
Abogacía de pobres, juguete cómico en un acto y en verso.
Servir para algo, comedia en un acto y en verso.
El número tres, comedia en tres actos y en verso.
Vanitas vanitatum, comedia en tres actos y en verso.
Echar la llave, comedia en un acto y en verso.
Haz bien..., comedia en tres actos y en verso.
Para una coqueta un viejo, comedia en dos actos y en verso.
Inocencia..., comedia en tres actos y en verso.
Al Santo, al Santo! apropósito cómico en dos actos y en verso.
Contra viento y marea, comedia en tres actos y en verso.
Como se empieza, comedia en un acto y en verso.
Una comedia y un drama, comedia en dos actos y en verso.
Como las golondrinas, comedia en tres actos y en verso.
Champagne frappé, juguete cómico en un acto y en verso.
Ni la paciencia de Job, comedia en tres actos y en verso.
El octavo, no mentir, comedia en tres actos y en verso.
La fuerza de un niño, comedia en tres actos y en verso.
Escurrir el bulto, comedia en un acto y en verso.
Por fuera y por dentro, comedia en dos actos y en verso.
La buena raza, comedia en tres actos y en verso.
Malditos números! comedia en tres actos y en verso.
Enseñar al que no sabe, comedia en tres actos y en verso.
La elocuencia del silencio comedia en tres actos y en verso.
Sin familia, comedia en tres actos y en verso.
De todo un poco, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
El otro, comedia en tres actos y en verso.

EL OTRO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA el 16 de Octubre de 1883.



MADRID.—1883.

IMPRENTA DE COSME RODRIGUEZ,

SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.

Calvario, n.º 18.

PERSONAJES.		ACTORES.
LUCÍA	SRAS.	TUBAU.
ANTONIA		FERNANDEZ.
MARTINA		GALINDEZ.
ROSA	SRTA.	MANTILLA.
FERNANDO	SRES.	SANCHEZ DE LEON.
VICENTE		MARIO.
GUSTAVO		ROMEA.

ACTO PRIMERO.

Habitacion elegante: puertas laterales y en el fondo; balcon á la derecha, en segundo término: velador, y próximo á él un divan; frente al balcon un pie que sostiene una maceta; chimenea y encima reló.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO de frac, con una flor en el ojal; es de noche: quinquó encendido.

Pues señor, ya me vestí.
Qué tarde! Me tiene en brasas!
¿Cómo no enviar un recado
ni decir por una carta
dónde nos podremos ver
esta noche? Qué cachaza!
Rosario! Mi amor, mi vida,
mi perdicion! Cómo habla,
cómo pide, cómo rie,
cómo llora, cómo rabia!
Anoche con unos dedos
con la blancura del nácar,
desprendiéndose una flor

que modesta se ocultaba
en aquel soberbio bosque
que en su frente se levanta,
me dijo: guarda esa flor
si me quieres; y besaban
sus pétalos encendidos
dos lábios como dos áscuas.
La traje con gran cuidado,
la puse en seguida en agua
sin que mi mujer la viera,
pues si mi mujer repara
la flor flotando en el líquido,
en el momento se traga
la partida, y al instante
la de Dios es Cristo me arma;
quiero decir, la de tú!
eres un pillo de playa.
(Mirando la flor que lleva en el ojal del frac.)
Está fresca todavía.
Aquí la llevo lozana
para que al mirarla aquí
esa reina de las gracias,
al darme gracias me dé
la vida que ya me falta.

ESCENA II.

FERNANDO, MARTINA por el fondo.

MART. Señorito.
FERN. Hola, Martina.
MART. Qué elegante!
FERN. Vés, muchacha?
Te gusto?
MART. Pues ya lo creo.
Si tiene usted una planta...
Por usted plantaba al novio,
pero más pronto que...
FERN. Gracias.
Quieres algo?
MART. Sí señor.
Aquí le traigo esta carta.

FERN. En qué piensas? Venga, venga!
MART. Vaya una prisa!
FERN. Ay! qué calma!
MART. Tome usted. (Le dá la carta.)
Tiene un olor
á iglesia, que trastornada
me tiene ya.
FERN. (Oliendo.) Si es azahar,
si es jazmin!
MART. De alguna dama
con más arrugas que pelos
y más pintura que...
FERN. Calla!
Déjame leer y vete!
MART. Otras veces no me trata
con tales modos.
FERN. Martina!
MART. Que está más amable.
FERN. Anda.
MART. Bueno, venga usté otra vez...
FERN. Ya te he dicho que te vayas.
MART. Pues me gusta!
(Sale murmurando por el fondo.)
FERN. No se puede
hacer el amor en casa.

ESCENA III.

FERNANDO.

Al fin llegó la misiva.
Leamos. Dulce esperanza!
(Abre la carta y lee.)
Voy á verla! Vá al Real.
Oh! dicha! Noticia fausta!
Qué mujer! Cuántos primores!
Juega, bebe, toca y canta!
Hasta tiene ortografía.
Qué tal? Aquí tiene un hasta,
pero con hache: no es cuerno,
que es un hasta con gramática.
Vida con ve: bien escrito.

Y acaba «Rey de mi alma.»
Dios mio! Rey con dos erres!
Pero no importa, no es falta.
Es un rey con retintin.
Siempre ha sido muy monárquica.
Yo tambien á tí te quiero
con dos erres, mi gitana,
que te quiere y te requiere
y te retequiere el alma!
(Guarda la carta.)
Cuando ella vea su flor
sobre mi pecho. Qué cara,
qué sonrisa! Mi mujer!
(Seriedad y diplomacia.)

ESCENA IV.

FERNANDO, LUCÍA por la derecha.

LUCIA. Hola, ya estamos compuestos
y con la cara gozosa
porque nos vamos de casa.
Tiende las alas ahora
y á los jardines del mundo
como alegre mariposa.
Chico, para tí es la vida.
Naciste con buena sombra.
FERN. Qué tal estoy?
LUCIA. Admirable.
FERN. Eh? Qué bien llevo la ropa!
LUCIA. Ay! qué flor! (Reparando en la flor.)
FERN. (Bah, ya la ha visto.)
LUCIA. Ay! qué bonita! Qué hojas,
qué color!
FERN. Apártate.
LUCIA. Qué aroma!
FERN. Quita!
LUCIA. Qué aroma!
Dámela.
FERN. Vaya un capricho.
Si tienes flores de sobra.
¿Y esas docenas de tiestos

que tus balcones adornan?
Regadera en mano pasas
las mañanas pecadoras
y has estropeado ya
dos mil sombreros de copa.

LUCIA. Dámela.

FERN. Viendo una flor
ó un pájaro se le antojan
en seguida.

LUCIA. Yo la quiero!

FERN. Basta, que eres enojosa.
¿Para qué la quieres tú?
En casa te quedas sola
y yo voy...

LUCIA. Sí, muy bonito
irás con la flor dichosa.
Mire usté el pollo!

FERN. Ya empiezas?

LUCIA. Con sus años!

FERN. Dale bola!

LUCIA. Y su flor.

FERN. Otra te pego.

LUCIA. Se vá á hacer conquistas.

FERN. Otra!

LUCIA. El gallo! Que yo la quiero,
Fernando!

FERN. Jesús! Qué mosca!
Que no te la doy. No insistas.

LUCIA. No insisto. Qué primorosa
educacion recibiste!
Alguna de trenzas blondas
y de ojos como dos lagos,
alguna perla con conchas
te la ha dado y tú no puedes...

FERN. No, mujer.

LUCIA. Chico, perdona.

FERN. Mujer, no dudes.

LUCIA. No dudo.
Estoy segura, me consta.

FERN. Te has enfadado?

LUCIA. Yo, no.

FERN. Lucía.

LUCIA. No, si es la historia
de siempre. Ya acostumbrada
me tienes.

FERN. Qué cavilosa!

LUCIA. Hoy es una flor: ayer
era un palco.

FERN. Si por todas
partes le anduve buscando!

LUCIA. Como soy la mujer propia.

FERN. No encuentro, puedes creerme.

LUCIA. Qué desgraciado!

FERN. No es broma.

LUCIA. En otros dichosos dias,
allá en época remota,
si yo te hubiera pedido
una flor, la más preciosa,
me hubieras traido mil,
aun vertiendo frescas gotas,
y me tegieras guirnaldas
para servirme de alfombra;
pero ya pasó ese tiempo:
los sentimientos se agostan
y el fuego que vivo ardía
de ceniza se corona,
que es primavera el amor
lleno de lozanas rosas
y el matrimonio es otoño,
hojarasca y polvo y sombra.

FERN. Bien, muy bonito, admirable!
Cuando la musa te sopla
y poética te pones
me asustas. Haz una obra,
un idilio con dos cuadros,
que ya tienes fondo y forma.
Cuadro primero: el amor,
la primavera: una choza,
el cielo azul, muchas flores,
un bosque con cuatro tórtolas,
un borrego, una borrega,
un pastor y una pastora.
El cielo rie, las fuentes
cantan, los troncos retoñan,

la pastora ama al pastor
y el borrego á su señora,
y el borrego come verde
y los dos pastores sopa.
Cuadro segundo: el otoño:
ceniza que se amontona.
El cielo ya no se rie,
el bosque suspira y llora,
el borrego ya no trisca,
la borrega no retoza,
el pastorcito está triste
y no toca la zampoña;
ni el alma tiene ilusiones,
ni las ramas tienen hojas,
ni el borreguito sus lanas,
ni su pelo la pastora.
Vamos, Lucía, por Dios!
Aquí no hay otoño, sombras
oscuras, ni nada de eso,
aquí hay solo dos personas
que se aprecian, que se estiman,
que se quieren, que se adoran.

LUCIA. El *que se adoran*, lo has dicho,
con tal calma y con tal sorna.

FERN. Cuando se te deja hablar...
Esa fantasía loca...
Si tú fueses diputado
conmovías á la Europa.

LUCIA. Ah! como yo hiciera leyes,
os arreglaba.

FERN. De sobra
lo sabemos, y por eso,
nunca mandareis vosotras.

LUCIA. Sólo siento, que mi niña
no sea hombre; si la toca
uno así.

FERN. Con que quedamos...

LUCIA. Quedamos, en que esa roja
flor, que por tí se avergüenza,
irá á manos de una hermosa.

FERN. Te la iba á dar; más por terca,
ya no te la doy ahora.

LUCIA. No, si no la pido ya.
No quiero excitar tu cólera.
FERN. Pero mujer.
LUCIA. Ya, Fernando,
no me podrás negar otra.
FERN. Esto es una tontería.
LUCIA. Soy así.
FERN. Qué fastidiosa!

ESCENA V.

DICHOS, ANTONIA, VICENTE.

VICENTE. Muy buenas.
(Entran por el fondo cogidos del brazo.)
FERN. Hermano.
LUCIA. Hermana.
ANTONIA. Sólo subimos por fórmula
un rato.
LUCIA. Vais á salir?
ANTONIA. Tengo que hacer unas compras.
FERN. Siempre cogidos del brazo.
VICENTE. Siempre!
FERN. Qué mujer, qué posma!
ANTONIA. No hay más medio de que ustedes
no se nos marchen con otra,
que en cuanto solos se miran
y hacen una escapatoria,
como están hechos de un barro
mal cocido, en mala horma,
se quiebran entre los dedos
de la primera bribona
que se encuentran y que al verlos
los bellos ojos entorna.
VICENTE. Así paso yo la vida
entre terribles congojas,
forzado del matrimonio,
arrastrando á todas horas
este maldito grillete
que pesa sus cinco arrobas.
FERN. (Separándolos.) Declárate libre y suelta
el brazo.

VICENTE. Me lo disloca.
LUCIA. Conque eres incorregible, (Se sientan.)
hermana, conque celosa?
VICENTE. Y recelosa.
LUCIA. Haces mal:
de esa manera no logras
evitar lo que tú temes.
Con grillos y con esposas
y con cadenas, si quiere,
te engañará, no seas boba.
ANTONIA. Pues entónces, dí ¿qué medios,
qué precauciones se adoptan?
LUCIA. Resignacion y paciencia
y luégo misericordia.
FERN. Bravo! Bien! la mártir! Esta
se sube en seguida al Gólgota
y bebe hiel y vinagre
y de espinas se corona
y se crucifica ella:
¡*ecce mater dolorosa*!
VICENTE. Ay! yo no vivo, Fernando.
Me tiene en una picota.
No podemos ir tranquilos
por esas calles dichosas.
Que no mires á la izquierda,
que miras á esa jamona;
ni á la derecha, que miras
á esa vestida de rosa;
ni enfrente, que llega Rita;
ni detrás, que viene Lola;
ni abajo, que una se sienta;
ni arriba, que una se asoma!
FERN. Pues, chico, cierra los ojos
y cómprate un perro y toca
la guitarra por las calles.
ANTONIA. Qué exageracion tan tonta!
¿Qué crees tú? Las mirará?
LUCIA. Ya lo creo.
FERN. La doctora
ya ha decidido de plano.
VICENTE. Exageracion la nombra.
Si yo contara...

ANTONIA. Vicente!
VICENTE. Si yo digo...
ANTONIA. En esto goza.
VICENTE. La última que me ha hecho.
FERN. Cuenta.
VICENTE. La del baile de la ópera.
ANTONIA. Vicente!
LUCIA. Deja que diga.
Ya le conozco de sobra.
VICENTE. Yo deseaba ir al baile
de los escritores, cosa
natural.
FERN. Muy natural.
VICENTE. Una fiesta como pocas.
Y yo deseaba ir solo,
sin mi mujer.
FERN. Tambien cosa
natural.
VICENTE. Muy natural.
LUCIA. La más natural de todas.
VICENTE. Voy, se lo digo y me pone
una cara y una trompa,
y en dos dias no me mira
y deja intacta la sopa,
y con profundos suspiros
hace temblar á la alcoba;
pero de repente cede
y se muestra cariñosa
y dice: si quieres, vete.
Figú rate. Por la posta
me visto. Salgo cantando,
saltando.
LUCIA. Qué trapisondas.
VICENTE. Llego al baile, doy dos vueltas,
me dan tres ó cuatro bromas,
me empiezo á aburrir y llega
una máscara muy mona,
divinamente vestida,
con un olor á magnolia
y lanzando unas miradas,
descargas á quemaropa!
LUCIA. Eras tú?

ANTONIA. Naturalmente.
Apenas salió...
LUCIA. Qué loca!
ANTONIA. Le quise poner á prueba.
LUCIA. Era prueba peligrosa.
FERN. Pues si tropieza conmigo
se divierte la señora.
VICENTE. Chico, cuántas monerías,
qué sonrisas tan mimosas,
qué palabritas tan dulces,
qué insinuaciones tan hondas,
qué red, hijo, qué manera,
en fin, tan escandalosa
de hacerme el amor!
LUCIA. (Á Antonia.) Y él?
ANTONIA. Él firme como una roca.
Contesta con evasivas,
se sonrie á mis lisonjas,
y ni me mira los ojos,
ni la mano me aprisiona.
FERN. Eso es que te conoció,
tonta!
VICENTE. Palabra de honra,
como dice el portugués.
Soy de torpeza que asombra.
ANTONIA. Por último, ya cansada,
con risa que me retoza,
digo: parece mentira,
que prefieras á esta boca
y á este cuerpo, á tu mujer
que es fea como una loba.
LUCIA. Y él?
ANTONIA. Se revuelve irritado.
No le deja hablar la cólera,
y los ojos encendidos
se le salen de las órbitas.
Quiere pegarme y me llama
bruja, ordinaria y patrona.
LUCIA. Y tú?
VICENTE. Se lanza á mi cuello,
entre sus brazos me ahoga.
Yo me quiero desasir,

ella aprieta y me sofoca,
y de malditos curiosos
un ancho corro se forma;
se la cae la careta
en tan atroz batahola
y grita: bendito seas!
y me da un beso. Qué bronca
tan atroz! Fuimos en triunfo
hasta casa.

FERN. Pero Antonia!

VICENTE. Pero mujer!

LUCIA. Pero hermana!

ANTONIA. Hablador!

FERN. Soberbia historia!

VICENTE. Y las criadas de casa?
¿Las ves?

FERN. Horribles fregonas.

VICENTE. Qué caras y qué perfiles!
Bajas, chatas y rechonchas.
Entra una manca, se vá,
y entra á servirte una coja,
y si la coja se marcha
una que tiene joroba.

FERN. Tu casa es cuartel de inválidos,
una sucursal de Atocha.

VICENTE. Ni eso me sirve, Fernando;
entró una bizca horrorosa
que con el rabo del ojo
miraba siempre á Estepona,
hácia su pueblo; mas esta
empeñada en que la Aldonza
me miraba. Ya está fuera,
y como son peligrosas
ya sólo tenemos hombres
y parecemos de tropa,
con cocinero, doncello
y modisto!

FERN. Pero Antonia!

VICENTE. Pero mujer!

LUCIA. Pero hermana!

ANTONIA. Pero pesados y cócoras,
¿me quereis dejar tranquila?

VICENTE. Qué vida!
FERN. Ganas la gloria!
VICENTE. Llévate á Lucía. (Bajo á Antonia.)
ANTONIA. Voy.
¿Han venido ya las hojas
de los figurines?
LUCIA. Sí.
Ven á verlas.
ANTONIA. Hasta ahora. (Salen, derecha.)

ESCENA VI.

FERNANDO, VICENTE.

VICENTE. Pues que solos nos quedamos
vamos á hablar seriamente.
FERN. Como tú quieras, Vicente.
VICENTE. Tenemos que hablar.
FERN. Pues vamos.
VICENTE. Yo soy un hombre de honor,
grave, sério, ¿no es verdad?
FERN. Oh! sí, de una gravedad
casi cómica.
VICENTE. Mejor.
Soy tu hermano mayor?
FERN. Sí.
VICENTE. Tu único pariente soy.
En mi cabal juicio estoy.
Te quiero.
FERN. Como yo á tí.
VICENTE. Tengo para hablar derecho.
FERN. Pues habla pronto. Qué calma!
VICENTE. Pues hermano de mi alma,
lo que haces no está bien derecho.
FERN. Qué hago? Contigo me igualo.
Te imito. Quiero á mi esposa.
VICENTE. Hay una Rosario hermosa...
FERN. Bueno, bueno!
VICENTE. Malo, malo!
Es necesario que veas.
Estás en error profundo.
Con extrañeza del mundo

en tus coches la paseas.
De escándalos ya prolijos
la gente murmura en coro.
Tú la adornas con el oro
de tu mujer y tus hijos,
y contigo viene y va,
y entretanto aquí encerrada
tu mujer, abandonada!

FERN. Abandonada no está.
Me esmero por complacerla,
nunca la falta dinero,
y la quiero, sí, la quiero.

VICENTE. Vaya un modo de quererla!

FERN. Si me enseñarás á amarla.

VICENTE. Hombre, no te he de enseñar.

FERN. Yo la hago aquí respetar.

VICENTE. Buen modo de respetarla.

FERN. Pues dime quien la ofendió.

VICENTE. Tú la ofendes!

FERN. No la ofendo.

VICENTE. Pues, chico, yo no lo entiendo.

FERN. Pues, chico, lo entiendo yo!

VICENTE. Fernando!

FERN. Mira, Vicente,
no sigas; no he de ceder.
No me puedes comprender,
aunque quieras, francamente.
Es para ello necesario
de hombre de mundo el buen nombre
tener, y tú eres un hombre
vulgar y reglamentario.
Ni sabes gastar dinero,
ni el mundo te solicita.
Tu mujer y tu casita,
tu trabajo y tu puchero.
Tú no puedes comprender,
aunque te sobra talento,
que en el mundo hay cual yo ciento,
que adorando á su mujer,
buscan otras alegrías,
pueden tener un deseo,
un capricho, un devaneo,

un vértigo de tres dias,
que quererla no me veda.
En el fondo la soy fiel.
Oro aquí y allí oropel:
aquello pasa, esto queda.
Porque esto en el corazon
tiene su raiz, Vicente,
y aquel amor, solamente
es pura imaginacion.
¿No me comprendes? Pues ya
pon fin á tu triste asedio.
Sólo el tiempo es mi remedio:
el tiempo me curará.

VICENTE. No puedo con tu elocuencia
luchar; pero viejo soy
más que tú, y á hacerte voy
una postrer advertencia.
Dos meses dura no más,
lo admito, este devaneo;
mas luégo hay otro deseo
al que un par de meses das;
y cuando muere este amor
otro de dos meses nace;
y cuando este se deshace,
otro llega abrasador;
y otro cuando este molesta;
y así amores engarzando
te pasas la vida amando
á todas, ménos á esta!
Pues bien: si sigues así,
si abandonas á Lucía...
Pobre de tí! que algun dia
vendrá el otro.

FERN. El otro?

VICENTE. Sí.

FERN. ¿Cómo el otro? Dónde está?
Quién es? No te he comprendido.

VICENTE. No temas. Aún no ha venido;
pero no dudes, vendrá.
Lo que me acabas de oir
es una frase comun.
EL OTRO no existe aún;

pero bien puede existir.
No existe, si es el marido
el hombre que debe ser.
Existe, si á su mujer
condena á desden y á olvido.
El Otro es uno que pasa,
lo es cualquiera, es un mortal
que Dios pone en el umbral
de la puerta de tu casa.
Uno que acecha tu puesto
enamorado, envidioso,
uno atento, cuidadoso,
y que está siempre dispuesto
á rogar donde no ruegas,
á ceder donde batallas,
á decir la flor que callas,
á hacer el favor que niegas,
á adorar lo que no quieres,
á dar, en fin, bien ó mal,
una afeccion, sin la cual
no respiran las mujeres.
Él tiene voluntad terca,
tú no le ves: tú estas loco:
y tú te vas poco á poco
y el poco á poco se acerca.
Ella á su amor no te inmola,
aún resiste, mas se ofusca,
busca un apoyo, le busca,
pero, ¿dónde? Si está sola!
El amor propio ofendido
hácia el seductor la lanza.
el deseo de venganza
hace que le preste oido.
Aún el pudor la retrae,
mas vuelven la ira y la duda,
viene el demonio y ayuda,
llega la ocasion y cae.
Y un dia que tu camino
desandas hácia el hogar,
harto de merodear
por las tierrras del vecino,
de quien ultrajaste el nombre,

tu justa pena comienza.
¡La hallas muerta de vergüenza
en los brazos de otro hombre!

FERN. (Riendo.) Gran discurso Un adulterio.
El pobre marido echado!
Y yo que había tomado
el asunto por lo sério!
Conque á todo matrimonio
en la puerta de la calle
un jóven de lindo talle
les puso Dios... qué demonio!
Es muy bonito, que sí.
El cielo es muy justiciero.
Dios mio! Será el portero
el que me destina á mí?
Ojo avizor, honra mia!
que viene EL OTRO, que viene!
Este hermano mio tiene
muchísima fantasía.

VICENTE. Bueno: búrlate de mí.
De esto no se ha de tratar
hasta que vengas á hablar
tu mismo.

FERN. Yo mismo?

VICENTE. Sí.
Pero dado á Belcebú.

FERN. ¿Conque yo?

VICENTE. Tú, desgraciado!

FERN. Quién, yo?

VICENTE. Tú, desesperado!

FERN. Pero yo?

VICENTE. Tú, tú, tú y tú!

ESCENA VII.

DICHOS, LUCÍA, ANTONIA por la derecha

ANTONIA. (Á Lucía.) Aquí discusion había.

LUCIA. Y con fuego á lo que infiero.

VICENTE. (Á Fernando sin reparar en Antonia.)
Figúrate que yo quiero
á otra mujer que la mia.

ANTONIA. Cómo á otra mujer. Bribon!
Eso no está permitido.
VICENTE. Pero mujer, ¿no has oido
que era una figuracion?
ANTONIA. Por si acaso me sofoco,
y me enfado por si acaso,
ni en suposicion lo paso,
ni en pensamiento tampoco!
FERN. Esta mujer acababa
en cuatro dias conmigo.
ANTONIA. Dame ese brazo en castigo.
FERN. (Á este se le cae la baba!)
(Vicente da el brazo á Antonia.)
VICENTE. Y tú no piensas salir?
FERN. Voy al teatro, al Real.
VICENTE. Con los amigos?
FERN. Cabal,
cuando tu quieras venir...
ANTONIA. Vas tú, Lucía?
FERN. Esta no.
En casa quiere quedarse,
la gusta poco arreglarse.
LUCIA. (Con trizteza.)
Qué quieres, soy así yo.
¿Y vosotros?
ANTONIA. De bracero
vamos á vagar errantes,
cual dos malos estudiantes
que tienen poco dinero,
y diciendo disparates
ó en amistosa contienda,
marchamos de tienda en tienda,
viendo los escaparates.
FERN. Es un recreo barato.
LUCIA. No os arruinareis así.
VICENTE. Anoche, frente á Lhardy,
estuvimos largo rato!
La vista de un pavo en pos
me tuvo media hora fijo
y pasó un chusco y nos dijo;
¡qué hambre tienen esos dos!
ANTONIA. Mire usted el zascandil.

VICENTE. Se hace tarde y muy formal
la llevo á un teatro de á real.
ANTONIA. Ántes iba á la Infantil.
LUCIA. Jesús!
ANTONIA. Si con él iría
al fin del mundo.
LUCIA. Mujer!
VICENTE. Si hubieses llegado á ver
al tio Lesmes en Turquía.
ANTONIA. Ven, verás qué sociedad.
Te divertirás de cierto.
VICENTE. Luego nos vamos al Puerto
á cenar.
FERN. Qué atrocidad!
VICENTE. Entramos de tapadillo,
yo embozado, ella tapada,
nos lanzan cada mirada!
y alguno dice: ¡qué pillo!
Cenamos; nos regalamos
con champagne ó cosa así,
y al fin salimos de allí
si andamos ó si volcamos.
FERN. Pero hombre!
LUCIA. Pero mujer!
ANTONIA. Así vivo en la alegría.
¿Me quieres? (Con mucho cariño.)
VICENTE. (Con mucho mimo.) Antonia mia!
FERN. Qué es esto? Vamos á ver!
LUCIA. Si pareceis dos muchachos.
ANTONIA. Envidiosos!
VICENTE. Envidiosos!
FER. Fuera de aqui!
ANTONIA. Sosos!
VICENTE. Sosos!
FERN. Fuera de aqui mamarrachos!
(Salen por el fondo con gran algazara.)

ESCENA VIII.

LUCÍA, FERNANDO.

FERN. Se puede hacer un artículo

con estos tipos, querida.
No he visto en toda mi vida
matrimonio más ridículo.

LUCIA. Te engañas en lo que dices.
Algunos se burlarán;
pero á mi envidia me dan.

FERN. Por qué?

LUCIA. (*Suspirando.*) Porque son felices.

FERN. No lo eres tú? de mi amor
que estés convencida espero.
Tú me quieres: yo te quiero.
No cabe dicha mayor.
Mas como no soy un niño
y tú cuentas veintisiete
no trocamos en sainete
nuestro fundado cariño.
Él ya con cuarenta y tres!
Que ya está chiflado creo.

LUCIA. Fernando, tengo un deseo,
un capricho. (*Muy cariñosa.*)

FERN. Dí cual és.

LUCIA. Son felices esos dos
porque van juntos.

FERN. No digo...

LUCIA. Fernando, quiero ir contigo.

FERN. Hija!

LUCIA. Contigo. (*Abrazándole.*)

FERN. Por Dios!
Cómo pretendes que ahora...
Es tarde. No puede ser.
La toilette de una mujer
no concluye en una hora.

LUCIA. Vamos solos, sin testigos.
Verás qué dichosa soy.

FERN. No, Lucía, si yo voy
al palco con los amigos.

LUCIA. Todo me lo has de negar
y luego aseguras que
soy dichosa. Llévame! (*Rompe á llorar.*)

FERN. Ahora vamos á llorar.
¡Ya hace pucheros la boca
y el llanto á los ojos viene!

Jesús! ¡Qué cabeza tiene
esta muchacha! ¡Está loca!
Oh! terribles desengaños
y sin igual desventura!
Si parece criatura
que has cumplido cuatro años.
Esto á ninguna la pasa!
Una noche fementido
se marcha al teatro el marido
y la deja sola en casa.
Acaben ya tus enojos.
Yo no puedo ver, bien mio,
una gota de rocío
en el cielo de tus ojos!
Dos cielos! Quiero enjugarla
yo mismo con mi pañuelo.
(Saca el pañuelo: la limpia los ojos.)
(Tengo que subirme al cielo
cuando quiero contentarla.)
Quieres ir á Capellanes
ahora ó á mirar las tiendas?
Es preciso que comprendas
tu posicion. No te afanes
en imitar tonterías
de mal tono de tu hermana.
Yo te llevaré mañana,
pasado, todos los dias.
¿Quién te quiere á tí más, quién?
Puedes tú dudar de mí?
¿Conque se ha pasado?

LUCIA. (Resignada.) Sí.

FER. Te quedas á gusto?

LUCIA. Bien.

FER. Ya se acabaron las penas
y riñas entre los dos.
Conque, adios!

LUCIA. Adios!

FER. Adios!
(Pobrecitas! Son muy buenas.)
(Sale por el fondo.)

ESCENA IX.

LUCÍA, luego MARTINA.

Son las nueve y sola ya!
Cuántas horas fastidiosas!
Muchos mimos, muchas cosas;
pero el caso es que se va.
Habla, á su antojo me inmola
y sin creerle le escucho.
Dice que me quiere mucho
y siempre me deja sola.
Á las tres entrar le veo
ó á las cuatro. Qué destino!
Dice que está en el Casino
y yo *casi no* le creo.
Qué triste es la realidad!
Bien puedo dar testimonio.
No creí que el matrimonio
era tanta soledad.
Qué de prisa!... Otra mujer.
Irá á caer á sus plantas!
Deben haber sido tantas
que ni lo quiero saber.
¿Y qué hacer, Dios mio? Nada.
Con tanto fastidio lidio,
y me consume el fastidio,
que es una carga pesada.
(Aparece Mártina en la puerta del fondo.)

MART. Señora.
LUCIA. Quién es? Quién vá?
MART. El señorito Gustavo.
LUCIA. Gustavo? Que pase! Bravo. (Sale Martina.)
Al menos me distraerá.

ESCENA X

LUCÍA, GUSTAVO por el fondo, de frac, con una flor en el ojal.

LUCIA. Por aquí usted!

GUST. Si señora.
Vengo á hacerla compañía
sólo un momento, Lucía.
LUCIA. Mil gracias.
GUST. ¿Es mala hora?
LUCIA. Oh! no, son las nueve apenas.
GUST. (Bravo! Solos, sin testigos!)
LUCIA. Para ver á los amigos
todas las horas son buenas.
Todo el mundo me dejó;
pero usted es tan atento.
Mi marido hace un momento...
¿No le ha encontrado usted?
GUST. (Con naturalidad.) No.
LUCIA. Pues creí que en la escalera.
GUST. No.
LUCIA. Ó al tomar la berlina.
GUST. (Como que estuve en la esquina
esperando á que saliera.)
Bajaría apresurado.
Siguió la calle adelante.
LUCIA. Un pollo tan elegante,
¿cómo el Real se ha dejado?
GUST. Todas las aristocracias
yo las dejo por usté.
LUCIA. Muchas gracias. Siéntese.
GUST. Ya me siento. Muchas gracias.
LUCIA. Oh! qué florido! (Reparando en la flor.)
GUST. Si tal.
LUCIA. Es general la mania.
No se vé un pollo en el dia
sin su flor en el ojal.
Las flores son mi embeleso.
GUST. Esta en mi jardín nació.
Si usted la quiere...
(Se quita apresuradamente la flor.)
LUCIA. No, no.
GUST. Porque es mia?
LUCIA. Nada de eso.
GUST. Entre sus manos galanas
irán mejor sus colores.
Las mujeres y las flores

casan bien, que son hermanas.

LUCIA. (Cogiendo la flor.)
Ah! qué color!

GUST. Delicado.

LUCIA. Y tiene un perfume...

GUST. Oh!

LUCIA. Mil gracias, Gustavo.

GUST. No.
Yo á usted, porque la ha tomado.

LUCIA. Las flores mis amuletos
son, cual amigas las miro.
Cuando su aroma respiro
pienso leer sus secretos.
(Señalando á la maceta que está próxima al balcon.)
Ahí, resguardado del frio,
detrás del limpio cristal,
tengo un hermoso rosal
que cuido cual hijo mio;
y toda mi dicha fuera
que en él, gentil y olorosa,
creciese la primer rosa
que nazca esta primavera.
Por impacientarme acabo.
Ántes van á nacer mil.

GUST. Y qué más rosa gentil...
(Se interrumpe y queda silencioso.)

LUCIA. Qué decía usted, Gustavo?

GUST. Pues iba á decir, Lucía,
á decir... (Una bicoca.
Qué más rosa que tu boca!
Pero es pronto todavía!)

LUCIA. Decia usted...

GUST. Nada, no.

LUCIA. Estaba usted distraido.

GUST. Que rectifique la pido.
Atento escuchaba yo.

LUCIA. Usted estará enterado,
Gustavo. Está ya dispuesta
esa magnífica fiesta
que el gran mundo ha preparado?

GUST. El mártes.

LUCIA. Oh! qué desgracia!

Será una fiesta sin par.
GUST. Allí van á declamar
damas de la aristocracia.
Una fiesta sin segundo
con esmero preparada,
de esas á puerta cerrada
en que entrará medio mundo;
de esas que no hay quien soporte.
Usted nos tiene que honrar,
porque no puede faltar
ni una estrella de la córte.
LUCIA. Yo lo sentiré bastante;
pero dice mi marido
que en valde un palco ha pedido.
GUST. Jesús! Qué poco galante!
LUCIA. No lo encuentra. Al fin y al cabo
no me verán por allí.
GUST. Oh! precisamente aquí
uno tengo. (Saca la cartera.)
LUCIA. No, Gustavo.
No faltaba más que ahora!
GUST. Que usted lo acepte es preciso.
LUCIA. Quizás otro compromiso.
GUST. Aunque lo tenga, señora.
No me ofenda usted, Lucía.
LUCIA. Oh! no deseo ofenderle.
(Toma el palco que la ofrece.)
No sé cómo agradecerle...
Vendrá á hacerme compañía.
Llega usté esta noche á punto.
GUST. Pues temía ser molesto.
LUCIA. Gracias.
GUST. No se hable más de esto,
por Dios, señora!
LUCIA. Á otro asunto.
GUST. Si he venido, tengo á qué.
LUCIA. Y por qué se lo ha callado?
GUST. Vengo á traer un recado
de una amiguita de usté.
Fuí á ver á la Pension
á mi sobrina dichosa.
LUCIA. Y ha visto usted á mi Rosa,

Rosa de mi corazon!

GUST. Iba á salir á paseo,
sencilla y elegantísima.

LUCIA. Y qué tal está? Monísima!

GUST. Remonísima!

LUCIA. Lo creo.

GUST. Con mil amantes excesos
me dijo: vaya usté allá,
vea de mi parte á mamá
y dela usted muchos besos.

LUCIA. Cómo!

GUST. Es deber de conciencia
el trasmitir el recado
lo mismo que me le han dado.

LUCIA. Qué inocencia!

GUST. Qué inocencia!

LUCIA. Tiene una cabeza Rosa.

GUST. Es tan niña.

LUCIA. Bien se vé.

GUST. Cómo se parece á usté,
es una niña preciosa!
(Mirando fijamente á Lucía.)
El cabello es un tesoro
y la cara es un jardín,
porque la cara es jazmín
y los cabellos son oro.
Una boca celestial,
fresca, gentil, olorosa,
como la primera rosa
que vá á dar ese rosal.
Cuerpo de divinos trazos,
una Vénus, no de piedra,
que reclama de una yedra
los enamorados brazos.
Ojos de corte español
dónde se enciende el anhelo,
sin sombras como este cielo,
sin nubes como este sol.
Que al sol vencen en la riña,
que él es uno y ellos dos.

LUCIA. Por Dios, Gustavo, por Dios!

GUST. No, si yo hablo de la niña.

LUCIA. Así lo quiero entender;
pero esa pintura ardiente
más que de niña inocente
parece de una mujer.
Le suplico que corrija
su estilo. Aunque no le cuadre
vienen á dar en la madre
los elogios de la hija;
y á la verdad sentiría
el que usted interpretase
mi silencio, si aceptase
tales frases.

GUST. No, Lucía.

LUCIA. Le recibo con placer
y sentiría en verdad
retirarle mi amistad.

GUST. Ni yo la quiero perder.

LUCIA. En tal caso...

GUST. No señora,
no debe dudar de mí.

LUCIA. Somos dos amigos?

GUST. Sí.
Dos amigos... (Por ahora.)

LUCIA. Es el mundo muy villano,
mas de usted dudas no abrigo.
(Tiende la mano: Gustavo se la estrecha.)

GUST. Oh! no. (Á título de amigo
ya la he estrechado la mano.)
De mí no debe dudar.
En prueba de que lo soy
en el momento me voy.
No la quiero importunar.
(Se levanta.)

LUCIA. No importuna, no por Dios!

GUST. Es usted tan lisonjera.

LUCIA. Venga usted cuando usted quiera.
(Le dá la mano de despedida.)

GUST. Muchas gracias. (Y van dos!)

LUCIA. Hay demasiada poesía
en su mente.

GUST. Estoy chiflado.
Tengo un libro publicado.

LUCIA. Un libro? No lo sabia.
Esas tenemos ahora.
¿Un libro de versos?
GUST. Sí.
LUCIA. Tráigale usted por aquí
cualquier noche.
GUST. Sí señora.
LUCIA. Usted los lee...
GUST. Eso es.
Y usted toca el piano.
LUCIA. Justo.
GUST. Se pasa la noche á gusto
y honestamente.
(Coge el sombrero, vuelve y le dá otra vez la mano.)
(Y van tres!
Una cita! Es mia! Bravo!
he llegado á buena hora.)
Á los piés de usted, señora.
LUCIA. Diviértase usted, Gustavo. (Sale por el fondo.)

ESCENA XI.

LUCÍA.

Qué buen chico! Es elegante
sin querer, naturalmente.
¡Qué bien habla, qué bien siente,
y qué fino y qué galante! (Mirando al reló.)
Las diez! Vendrá mi marido
á las tres... Qué haré? Leer,
(Se deja caer en el divan.)
ó dormir... No sé qué hacer.
Qué hastío! ¿Por qué se ha ido?
(Telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion: es de noche: sobre el velador quinqué encendido.

ESCENA PRIMERA.

VICENTE, MARTINA.

VICENTE. Se va pasando la hora.
¿Conque el señorito?
MART. Dentro.
VICENTE. Vamos, se estará arreglando,
acicalando y vistiendo.
Jesús! Parece una dama.
Si se vé frente el espejo
no se sabe separar,
y en el tocador más tiempo
gasta que siete mujeres,
estirando y retorciendo
las dos guias del bigote
con los pecadores dedos.
MART. Verdad, pero cuando sale,
sale más guapo y más tieso,
y con un aire!
VICENTE. (Hola, hola.)
MART. Y una cara!
VICENTE. (Esas tenemos.)

MART. Y lleva de un modo el frac,
señor don Vicente, aquello
es gloria!
VICENTE. (Pero á ese pillo,
qué suerte le ha dado el cielo!)
MART. Y cuando lleva la capa,
¡cómo la lleva! Qué cuerpo
y qué modo de embozarse!
Y cómo lleva el sombrero
torcido sobre las cejas,
con más picardía puesto!
Y cómo lleva el baston
mil molinetes haciendo!
Y cómo detrás se lleva
las mujeres!
VICENTE. (Sí, ya veo
que habrá que llevarte á tí
donde no te vea el pelo.)
Y la señorita?
MART. Buena.
Con él: estará por dentro.
VICENTE. Y no te gusta tambien?
MART. Por qué no?
VICENTE. Tiene buen génio.
MART. Se la ha cambiado el carácter.
VICENTE. Sí?
MART. Desde hace poco tiempo.
Ántes estaba muy triste,
fija la vista en el suelo,
y no decía palabra,
y no comía ni esto,
y suspiraba de noche,
y hasta lloraba en silencio;
pero ahora no llora ya,
ni está tan triste, habla ménos
que ántes, se pasea mucho,
y más amable la veo.
Está distraida, así,
como quien tiene aquí un peso,
una idea fija.
VICENTE. Ya.
MART. Mas no sé qué será ello.

Bien podía estar alegre,
porque la boda que ha hecho
no es para estar triste.

VICENTE. (Vuelta!
Necia!)

MART. Lo cierto es que hicieron
las dos hermanas dos bodas.

VICENTE. La otra tambien?

MART. Ya lo creo.
Vamos, que usted.

VICENTE. No, mujer.

MART. Ya es usted un buen sujeto.
Bien guapo.

VICENTE. No, regular.

MART. Sí, regular, por supuesto.

VICENTE. (Es lista la chica.) Anda,
vé á decirle que le espero.

MART. Quede usted con Dios.

VICENTE. Adios.
(Me ha hecho reir. Qué gracejo
tienen estas madrileñas!)

MART. Á los piés de usted.

VICENTE. Te beso
la mano.

MART. (Ay! señor. Si á mí
me saliera un caballero!)

ESCENA II.

VICENTE.

Pues señor, no sé de fijo
si está bien hecho ó mal hecho;
pero ¡qué diablo! hecho está
y ya no tiene remedio.
Me desperté esta mañana
teniendo aquí un pensamiento,
y por mas esfuerzos que hice
no me le eché del cerebro.
—Voy á ver á esa Rosario,
me dije, voy en secreto,
voy á hablarla al corazon,

y si un sentimiento bueno
en el corazon abriga,
la conmoverá mi acento
y me ayudará á salvar
á mi hermano, que está ciego.—
Dicho y hecho. Allá me fuí.
Desde el portal; ¡qué mareo!
¡qué perfume! aquella casa
no es casa, es un pebetero.
Me recibió en un salon
verdaderamente régio.
Estaba en su mecedora
lánguida, medio durmiendo,
con un pomito de esencias
y sobre la falda un perro
del tamaño de un dedal,
de esos enanos y feos,
repulsivos, antipáticos,
que tienen todos los pelos
de punta, y la muy decente
le estaba dando mil besos
en el mismísimo hocico
y en el mismísimo cuello,
y el pelo mio de horror
se puso como el del perro.
Me armé de valor; la hablé
ya dulcísimo, ya enérgico
de religion y familia;
y la supliqué patético
que no turbase la paz
de un matrimonio modelo.
De sacrificio la hablé
y ella me escuchó riendo
y me llamó: hijito suyo,
Vicentico, zalamero,
antipático, chiflado,
pobre hombre y otros excesos.
Y se fué al piano y tocó,
mirando de tiempo en tiempo
con muy malas intenciones,
y cantó con mucho fuego
una romanza: io t'amo!

Y yo cogí mi sombrero
y escapé, porque si estoy
en su presencia un momento,
canto tambien: Bella figlia
de l'amore! y se la pego
á mi hermano, á mi mujer,
á mi hijo y al mundo entero.
Que gancho tiene! Aquí estoy
aun con el susto en el cuerpo.
Pero qué lujo de casa.
Pero qué limeña, cielos!
Pero qué cara y qué ojos.
Pero qué talle y qué pelo!
Pero qué lima, Dios mio.
Qué lima con cuantos peros!
Pobre Lucía! Sabrá?
Sospechará?... Sin remedio.

ESCENA III.

VICENTE, LUCÍA por la izquierda.

VICENTE. Y mi hermano?
LUCIA. Dentro está.
VICENTE. ¿No le han dicho que le espero?
LUCIA. Jesús! Si tiene una calma;
otros dias tan dispuesto,
tan á punto y hoy un plomo. (Se sienta.)
VICENTE. (Habla con ira y despecho.
Malo, malo!) Qué te pasa?
Qué tienes, Lucía?
LUCIA. Sueño.
Anoche vino á las cinco,
y como manía tengo
de esperarle, aunque tu hermano
no lo agradece.
VICENTE. Mal hecho.
Conque á las cinco? Era tarde.
Pero pudo venir.
LUCIA. Cierto.
Pudo venir á las seis
ó á las diez.

VICENTE. No digo eso.
LUCIA. Ó no venir.
VICENTE. Es así.
Sin embargo, el fondo es bueno.
Tiene una falta no más.
Mil veces se la reprendo.
Querer hacer de casado
la vida que hizo soltero.
Mas no vayas á creer
otra cosa, ni por pienso.
En cuanto come, al Suizo,
y allí se le pasa el tiempo
con amigos, hombres solos,
todos hombres, yo lo veo.
Luégo á su palco, al Real,
con sus amigos, con ellos
nada más; no te figures...
yo te lo aseguro, y luégo
al Casino y á cenar
con dos ó tres, por supuesto,
amigos, si el tiene tantos!
Alguna vez tambien ceno.
Y luégo se viene á casa.
Un poco de desarreglo:
bueno; que él conoce á algunos...
Sí, todos los conocemos;
que él saluda, es natural;
la educacion lo primero;
que él habla, que él acompaña:
bueno: que él visita: bueno;
la educacion; pero aquí,
en cuanto mira un sujeto
á una mujer, ya aseguran
que esto, lo otro y aquello.
Y no hay nada, te lo juro,
es nada más que un tonteo.
Y en fin... (Yo no digo más,
porque si no se lo cuento.)
(Lucía, distraida mientras habla Vicente, se queda dormida.)
Conque ten calma y confianza,
niña mia, hijita... (Cielos.

Ya hablo yo en americano.
Dios mio! cómo me han puesto!)
Sobre ese particular
duerme tranquila... En efecto,
arrullada por mí está
tranquilamente durmiendo.
Mejor: así no me ha oido.
Si yo soy más torpe. Pero
ese Fernando. Me voy.

FERN. (Por la izquierda.) Hola, Vicente.

VICENTE. Hasta luégo.

FERN. Espera, me visto pronto.

VICENTE. Es ya muy tarde y no pierdo
el primer acto.

FERN. Pero hombre!

VICENTE. Más bajo, que está durmiendo.
Conque adios hijito... ¡Hijito!
(Esto es guayaba lo ménos.) (Sale por el fondo.)

ESCENA IV.

FERNANDO, LUCÍA dormida, MARTINA.

FERN. Pues señor, la hora se acerca.
Nos iremos al teatro.
Voy á ver *Los Hugonotes*;
no, voy á ver á ese diablo,
favorita de mi alma
y del sol que la ha engendrado.
(Contemplando á su mujer.)
Conque mi mujer dormida.
Hace dias que ha cambiado
de humor. Nada de suspiros,
ni de quejas, ni de llantos.
No me mira, preocupada,
inquieta. Sospecha algo,
ó está mala. Qué tendrá?
Á estas horas. Es extraño. (Acercándose.)
¡Cómo me gustan á mí
con los ojos entornados
las damas! Y con los ojos

abiertos, son un encanto!
Y hasta con un ojo abierto
y otro no. Si me ha gustado
á mí una tuerta. Si á mí
me vuelve tarumba un palo
como le vistan con faldas.
Qué fragilidad!
(Llamando desde la puerta.)
Martina!
Martina!

MART. (Entra.) Manda usted algo? (Izquierda.)

FERN. El frac, la corbata blanca
y el abrigo.

MART. Voy volando.

(Sale por la izquierda: Fernando se coloca á horcajadas en una silla cerca de Lucía, la contempla y se columpia.)

FERN. Qué bonita está. El placer
mayor, nos ha dicho Byron,
es contemplar mientras duerme
á la mujer que adoramos.
Esto me recuerda aquella
linda comedia de Blasco.
La mujer duerme, el marido
la contempla largo rato.
Ella dice: Federico!
Y el pobre hombre pega un salto,
porque se llama Gregorio;
y luégo es que está soñando
con el nombre que ha de dar,
á un hijo que está cercano
á venir; pero mi esposa
no se encuentra en ese caso.
Si dijese ¡Federico!
ahora, me dejaba helado!

LUCIA. La rosa! (Soñando.)

FERN. Cómo la rosa?
La rosa, dice. Ya caigo.
Pensamos en aquel tiesto,
soñamos en que este año
vá á dar el primer capullo.
Yo me asusté, porque al cabo,

la rosa bien puede ser
apellido de un cristiano,
y hasta pudiera gustarla.
Si yo fuera un hombre honrado,
me engañaría de fijo,
pero como soy un trasto.
Si sueña, sueña conmigo
tan sólo. Con tu Fernando,
verdad?

LUCIA. Pillo! (Entre sueños.)

FERN. No lo dije.
Conmigo. Me ha contestado.
(Entra Martina con la ropa.)

MART. Señorito, aquí está todo.
Eh! no se mueva usted tanto,
que la puede despertar
con esa música, vamos.

FERN. Quiero. (Bajo.)

MART. Chiton. (Id.)

FERN. Márchate! (Id.)
(Lucía hace un movimiento.)
Bah, ya la hemos despertado.
(Sale Martina por el fondo.)

ESCENA V.

FERNANDO, LUCÍA.

Fernando se levanta y se coloca detrás de Lucía apoyado en el respaldo del sillon en que esta duerme.

FERN. Abre los ojos, los cierra,
los deja medio entornados.

LUCIA. (Sin ver á Fernando.)
Me dormí. Qué hora será?
Cuándo vendrá?

FERN. (Cómo, cuándo
vendrá? Quién ha de venir?
Yo no soy, que yo me marcho.)
(Lucia se levanta y vé á Fernando.)

LUCIA. Aun aquí?

FERN. Sí, ya lo ves.

LUCIA. Pues es hora.
FERN. Aún es temprano.
(Cuándo vendrá?... Es una frase
que ha dicho medio soñando
y no quiere decir nada.)
LUCIA. No te esperaba tu hermano?
FERN. Se fué.
LUCIA. Tienes una calma.
En verdad que no lo extraño.
¿Qué ópera dan?
FERN. *Hugonotes.*
LUCIA. No pierdas el primer acto,
hombre, por Dios, que es precioso.
Aquel delicioso canto
del tenor y aquellos coros...
Luego entrais taconeando,
incomodando á las gentes
y dándoos en espectáculo.
Despues desde el paraiso
os promueven un escándalo.
Van á decirte: que baile!
Anda, no seas pesado!
FERN. (Parece que tiene ganas
de que me marche. Qué diablo
de mujeres!)
LUCIA. Y la ropa?
FERN. En aquella silla.
LUCIA. Vamos.
Toma el frac. (Trae el frac y se lo pone.)
Eh, ya estás listo.
FERN. Y la corbata?
LUCIA. Volando.
FERN. Hazme el lazo. Las mujeres,
qué diestras en hacer lazos.
(Trae la corbata.)
LUCIA. Quéjate.
FERN. Cómo quejarme?
Servido por tales manos.
Deliciosa camarera.
LUCIA. (Poniéndosela.)
Eh! ya estás. Pronto despacho.
FERN. Y los guantes.

LUCIA. No se llevan.
Luces ese solitario
que te regalé en mi boda.
Vamos, en qué estás pensando?
FERN. Pensaba en los *Hugonotes*.
Tengo un oido tan malo!
Cómo es aquella romanza
del tenor? Siéntate al piano.
LUCIA. Para qué? ya la olvidé.
Está tan desafinado!
Vas allí y allí la escuchas
bastante mejor. (Impaciente.)
FERN. (Canario!
Que quiere echarme de casa
como dos y dos son cuatro.)
LUCIA. Qué buscas?
FERN. Busco el pañuelo.
LUCIA. Uno traeré de tu cuarto.
(Sale por la izquierda.)

ESCENA VI.

FERNANDO.

Qué es esto? Por qué tal prisa
de que me vaya y llorando
otras veces me despide...
Pero qué es esto?... Ya caigo!
Qué inocente! Si es más lista!
Como me conoce el flaco,
ha dicho:—si le retengo,
querrá marcharse, pues vamos
á decirle que se vaya
y no se marcha en un año.
Bien conoce el corazon
de los hombres, y yo incauto
á poco caigo en la red.
Pobrecilla! ha tropezado
con un mozo más corrido...
En cuanto venga me largo.
Querer engañarme?—Sí.
No vá á llevarse mal chasco.

ESCENA VII.

FERNANDO, LUCÍA por la izquierda.

LUCIA. (Con un pañuelo.)
Vaya, toma tu pañuelo.
FERN. Mil gracias. Ahora me marcho,
que ya estoy dispuesto.
LUCIA. Bueno.
FERN. Voy, que me están esperando.
LUCIA. Vete.
FERN. Yo lo siento.
LUCIA. Bien.
FERN. Me esperarás?
LUCIA. Sí, te aguardo.
FERN. (Como sigue la comedia.
Ahora vendrá el desengaño.)
Adios. (En cuanto á la puerta
llegue ya me está llamando.)
Vaya, adios.
(Se dirige al fondo sonriendo satisfecho y se detiene.)
(Pues no me llama.)
Que me voy. (Vuelve.)
Venga esa mano
de amigos y hasta despues,
mi Lucía.
LUCIA. (Con naturalidad.) Adios.
FERN. (Asustado.) (Qué diablo
de mujer. No me detiene.
Yo lo he escuchado bien claro.
Cuándo vendrá?... Quién vendrá?)
LUCIA. Qué piensas.
FERN. En nada. (Vamos.)
(Sale por el fondo.)

ESCENA VIII.

LUCÍA.

Las nueve. No vendrá hoy?

Oh! no debe faltar. Ardo
en deseos de leer
sus versos. Qué apasionados
deben ser y qué insinuantes
y qué dulces y qué lánguidos!
Tiene tanta fantasía
y tanto talento! Pasos...
habla con Martina, es él!
Ah! no es él. Me he equivocado.

ESCENA IX.

LUCÍA, ANTONIA por el fondo.

ANTONIA. Estás sola? (Entrando muy agitada.)
LUCIA. Sola aquí.
ANTONIA. Lo celebro. Vengo á hablarte,
á desahogarme, á contarte
mis penas.
LUCIA. Tus penas?
ANTONIA. Sí.
Lamentémonos en coro,
si tú las tienes tambien.
Penas tengo, penas cien,
penas mil, aunque no lloro,
porque perdí tal resábio.
Á unas las dá por llorar
y á otras las dá por rabiar
y yo todo el dia rabio!
LUCIA. Mas ¿qué pasa?
ANTONIA. Mi marido!
La cosa parece extraña.
Me engaña!
LUCIA. Cómo!
ANTONIA. Me engaña!
Esta tarde lo he sabido.
LUCIA. Vicente te engaña?
ANTONIA. Sí.
El hombre hizo una conquista;
pero yo nací muy lista
y no me la dan á mí.
Verás, verás cómo fué.

Esta mañana al sujeto
le ví distraido, inquieto,
pensativo y me escamé.
Un ay! de mi pecho exhalo
y me inquieto con motivo.
Si un hombre está pensativo
es porque piensa algo malo,—
pienso al punto para mí.
Ni una palabra me habló;
tomó el sombrero y salió;
yo tomé el mio y salí.
Siguió por la calle arriba.
Como tú comprenderás
me fuí andando detrás
para saber dónde iba.
Chica, qué modo de ir!
Qué piernas desmesuradas!
Qué hombres! Dan unas zancadas
que no los puedes seguir!
Corrimos como lebreles:
riegan: me salpica el barro:
se pára á hacer un cigarro
y yo miro unos carteles.
Lo concluye y echa á andar:
yo vigilante le sigo;
mas le detiene un amigo
y yo me vuelvo á parar.
Sigue andando y fiel espía
echo de nuevo á correr.
Ay! qué trabajo, mujer,
es ser de la policía!
Con aquel paso infernal
gana terreno el traidor.
Me tropieza un aguador
y yo le llamo animal!
y él me llama mal criada,
en gallego y castellano,
y yo levanto la mano
á darle una bofetada;
pero pienso: poco ruido,
si le pego un bofeton,
vamos á la prevencion

y se escapa mi marido.
No, sigamos. ¿Y el infiel?
Dónde está? Se marchó huyendo!
Vuelvo la esquina corriendo
y casi me doy con él.
Me vá á ver y yo no quiero!
Veo una tienda al pasar,
y me meto sin mirar
en qué tienda. Era un armero.
Y allí con trémula voz,
sin ver qué tengo delante,
digo: señor comerciante,
deme usted polvos de arroz;
y el hombre que así me vé
contesta con voz sonora:
¿será pólvora, señora,
lo que necesita usté?
Salgo asustada. Á mi esposo
al fin le vuelvo á encontrar,
y por fin le veo entrar
en un hotel muy lujoso;
y tras él un emisario
con soberbio ramo llega,
y al portero se lo entrega
y dice: para Rosario.
Y luégo llega un amigo
y entrega una linda caja,
y otro de un coche se baja
y deja un ramo, y yo digo
al rato que los escucho:
esta no es casa de santo,
pues persona á quien dan tanto,
es porque promete mucho;
y al buen portero aturdido,
pregunto sin que conteste;
¿pero qué rosario es éste
que entra á rezar mi marido?

LUCIA. Vamos, por Dios, cálmate.

ANTONIA. No tengo un justo motivo?
Ha vuelto más pensativo
y más sério que se fué,
y me dijo que sin mí

iba esta noche... Oh! crueldad!
Que con Fernando...

LUCIA. Es verdad.

ANTONIA. Yo mi permiso le dí.
Salí tras él amparada
por las sombras de la noche;
pero el bribon tomó un coche
y me ha dejado plantada.

LUCIA. No le solías llevar
del brazo?

ANTONIA No basta. Infiel!
Voy á comprarle un cordel
y un candado y un collar!

ESCENA X.

DICHOS, GUSTAVO por el fondo con un libro.

GUST. Lucía!

LUCIA. Gustavo.

GUST. Á fé
temí no encontrarla ahora.
(Saludando á Antonia.)
Muy buenas noches, señora.

ANTONIA. Muy buenas las tenga usté.

GUST. Yo pasaba casualmente
y se me ocurrió, Lucía.
(Qué maldita compañía!)

ANTONIA. ¿En dónde estará Vicente?

GUST. Quién? Vicente? En el Real.
Allí le he dejado.

ANTONIA. Allí!

GUST. Sólo el primer acto ví.

LUCIA. (Bajo á Antonia.)
Lo ves? Siempre piensas mal.

ANTONIA. Como ir solo se empeñó.

LUCIA. Si le estás tiranizando.
En el palco con Fernando (Alto á Gustavo.)
estará?

GUST. No, con él no.
Estaba haciendo visitas;
el tiempo muy bien emplea.

Estaba en una platea
con tres mujeres bonitas.
ANTONIA. Con tres! Vírgen del Pilar!
Adios!
LUCIA. Escucha!
ANTONIA. El infiel!
LUCIA. Á dónde vas?
ANTONIA. (Bajo á Lucía.) Voy por él,
que me le van á engañar!
(El fementido, el villano!
Por eso ir solo quería!)
Adios!
LUCIA. Oye!
ANTONIA. Adios, Lucía!
LUCIA. Oye!
ANTONIA. Beso á usted la mano. (Sale por el fondo.)

ESCENA XI.

LUCÍA, GUSTAVO.

GUST. Con qué precipitacion
se vá! De entender no acabo.
LUCIA. Perdone, amigo Gustavo.
Fué poca su discrecion.
Los celos son su manía,
y cómo vino diciendo...
Así es que se fué corriendo.
GUST. (Eso es lo que yo quería.)
LUCIA. Nada de particular
tiene que el pobre Vicente...
¿Y estaba efectivamente?
GUST. Vaya. (Qué había de estar!)
LUCIA. Hoy al fin se ha decidido
y me trae las poesías.
Ha venido tantos dias
sin ellas.
GUST. Fué por olvido.
LUCIA. Ó modestia.
GUST. Ciertamente,
malas como mias son.
Hice una corta edicion.

Las conoce poca gente.
Yo no las suelo leer.
Todo es vulgo por ahí.

LUCIA. Á mí tampoco?

GUST. Á usted sí,
que usted las puede entender.
De mi alma son un lamento
que contra la suerte envia,
y el alma de usted, Lucía,
es fuente de sentimiento.

LUCIA. Oh! de seguro hallaré
alguna sentida y bella.
(Coge el libro, le abre y le hojea.)

GUST. No creo... (Bien, voy.)

LUCIA. «Á ella.»
Conque á ella?

GUST. Lea usté.
(Lucía se sienta en el divan, próxima al velador, Gustavo cerca se mantiene de pie.)

LUCIA. (Lee.) «Á mis gritos de dolor
»despierte al fin de su sueño
»ese corazon traidor,
»y oye mi canto de amor
»que ahora está léjos tu dueño.»
(Suspende la lectura.)
Tu dueño?

GUST. Sí. No la agrada?

LUCIA. La encuentro un tanto atrevida,
porque esta pasion fingida
es á una mujer casada.

GUST. Sin duda; mas no es mentir,
ni es ficcion, que es mi quebranto.

LUCIA. Oh! no quiero saber tanto.

GUST. Yo se lo quiero decir.

LUCIA. Mal hace. Debe tener
esa pasion bien callada,
porque á una mujer casada
no se la puede querer.

GUST. Por qué no? Tan dulce afan,
tal cariño no es delito.
Yo el cariño no le quito,
sin pedirle me le dan.

Yo no digo friamente:
voy á querer, porque sí.
Es un sentimiento en mí
que nace espontáneamente.
Me lanzan una mirada,
y yo de amores me muero
y como sea la quiero,
soltera, viuda ó casada.

LUCIA. Usted que libre se ve,
usted que nada atropella,
puede amarla; pero ella
no le puede amar á usté.

GUST. Si no lo podrá impedir.
Sin voluntad me querrá.
Si ese sentimiento vá,
dominando sin sentir.
Me mira y no tiene duda,
ya sabe lo que prefiere,
y como sea me quiere,
soltera, casada ó viuda.

LUCIA. Si ese amor llega á sentir,
aunque á todos le prefiera
y aunque por usted se muera
no se lo debe decir.

GUST. Alardes vanos y fieros!
Un dia el amor estalla,
y en tanto la lengua calla
son los ojos pregoneros.
Nos vimos y nos quisimos,
un dia solos estamos,
sin voluntad nos amamos,
sin querer nos lo decimos.

LUCIA. Y nuestro esposo, y la fé?

GUST. Y si él la rompe primero?

LUCIA. Y el mundo que es tan artero?

GUST. Y sí el mundo no lo vé?

LUCIA. El mundo jamás lo ignora,
porque hay hombres jactanciosos.

GUST. Hay otros tan silenciosos,
como un sepulcro, señora.

LUCIA. Pocos son.

GUST. Algunos ví.

Y uno de tantos yo soy.
(Y yo no me marcho hoy
sin que me digas que sí.)

LUCIA. Bajo tapices de flores,
hay abismos escondidos.
Son sus versos atrevidos.

GUST. Tanto como mis amores!
Otros verá por ahí
mejores, más adelante
hay unos versos del Dante
que yo he traducido.

LUCIA. Sí?

GUST. Unas estrofas tan sólo;
pero causan embeleso.
El episodio del beso,
el de Francesca y Paolo.

LUCIA. Oh! los leeré con placer.
Á mí el Dante me enamora.

GUST. Si usted permite, señora,
yo se los voy á leer.
(Gustavo toma el libro, se sienta en el divan al lado de Lucía y le abre.)

ESCENA XII.

DICHOS, FERNANDO por el foro.

GUST. Me han costado gran trabajo,
y es atrevimiento en mí.

FERN. (Entra precipitado.)
(No me engañaba: está aquí,
y juntos y hablando bajo.)

GUST. Qué momentos tan dichosos,
al lado de usted, Lucía.
Por tercero la poesía,
sin testigos enojosos,
que vengan á fastidiarme
con necia conversacion.

FERN. (Estoy por pedir perdon
á los dos y retirarme.)

GUST. Traduje muy mal á fé
los pensamientos aquellos.

LUCIA. Oh! serán versos muy bellos.
GUST. No tan bellos como usté.
(Gustavo lee acercándose á Lucía: Fernando se adelanta despacio.)
«Leiamos un dia los amores
»de Lanzarote por placer; nos vimos
»solos y sin sospechas ni temores.
»Muchas veces los dos palidecimos
»con tal lectura; pero solamente
»un punto nos venció. Cuando leimos,
»de aquel enamorado el beso ardiente,
»de aquella boca en los rosados broches,
»este, que va conmigo eternamente,
»la boca me besó»
(Fernando, que durante la lectura se ha acercado poco á poco hasta colocarse detrás de los dos, se apoya en el respaldo del divan y se aparece entre ambos.)
FERN. Muy buenas noches.
LUCIA. (Fernando!) (Levantándose.)
GUST. (Poniéndose en pié.) (Nos ha pillado.)
FERN. Bonitos versos.
GUST. No sé
escribir.
FERN. Vaya, es usté
un jóven aprovechado.
Pero ¿cómo por aquí?
GUST. Pasaba... subí un momento...
FERN. Ya.
LUCIA. Y ha sido tan atento
que ha estado leyendo.
FERN. ¿Sí?
LUCIA. Pero ya que están los dos
y le dejo compañía
yo me retiro.
GUST. Lucía,
á los piés de usted.
LUCIA. Adios...
(Sale por la derecha.)
GUST. (Lo más acertado creo
que será dejarle aquí.)
FERN. Conque versitos?

GUST. Oh! sí.
Son mi aficion.
FERN. Ya lo veo.
GUST. La música, la poesía.
Ahora me voy al Real.
Deseo ver el final.
Llego á tiempo todavía.
El coro de sacerdotes!
Aquellas notas valientes!
Me encantan los Inocentes,
digo no, los *Hugonotes*
FERN. Hombre!
GUST. Si hoy estoy fatal.
Como á unos los degollaron
y á los otros los mataron....
FERN. Si hay quien concluye muy mal!
GUST. (No me doy por aludido.)
FERN. Muy mal!
GUST. Páselo usted bien.
(¡Maldito seas, amén,
en qué ocasion has venido!)
(Sale por el fondo.)

ESCENA XIII.

FERNANDO.

Ella se vá diligente
y á él aturdido le veo.
Está bien claro; mas creo
que llegué oportunamente.
De pasar la noche cuidan
con lectura regalada.
¡En mi casa una velada
á la que no me convidan!
Apenas le he visto aquí
y vivía inadvertido.
¿De dónde me habrá caido
este señorito á mí?
Ella sensible y discreta,
él apuesto y elegante
y complaciente y galante,

y sobre todo poeta,
el campo, el verde, las flores,
el amor, la poesía,
para mi dulce Lucía
eran las armas mejores;
no las mejores, las solas;
y herida por mi desden...
Mas yo tengo armas tambien
para el caso, mis pistolas.
Á gusto las voy á usar!
Con valor y con aplomo
y con una onza de plomo
le voy á perniquebrar!
Le mandaré dos amigos.
Qué más necesito? Nada.
Un dia, una madrugada,
mis armas, cuatro testigos,
un combate de un segundo,
fortuna para vencer,
y le mando á componer
quintillas al otro mundo!
Siento angustias verdaderas
y en el alma dolor fiero.
Loco estuve; mas la quiero,
es la que quiero de veras!

ESCENA XIV.

FERNANDO, VICENTE por el fondo.

VICENTE. Gracias á Dios, aquí estás,
Fernando. Qué te ha pasado?
Sales del palco escapado
sin decirnos donde vás.
Corriendo salí tras tí.
Estás mal? Qué ha sucedido?
Qué ocurre?
FERN. Que ya ha venido.
VICENTE. Quién?
FERN. EL OTRO!
VICENTE. EL OTRO!

FERN. Sí.
VICENTE. Ha venido al fin y al cabo.
FERN. Vino por mi desventura
bajo la esbelta figura
de nuestro amigo Gustavo.
Juntos en ese divan
pasaban dulce velada.
Ella escuchaba encantada
lo que leia don Juan.
Del Dante les gusta solo
una estrofa y me lo explico.
Estaban jugando, chico,
á Francesca y á Paolo;
y principiada la gresca
si me llego á retrasar
no me tiene que envidiar
el marido de Francesca.
VICENTE. Yo te advertí.
FERN. Sí, Vicente,
y no hice caso de tí.
Pero tú notabas?
VICENTE. Sí.
FERN. Yo nada.
VICENTE. Naturalmente.
FERN. Es otra ilusion perdida
con cien que perdiendo voy.
Pero, en fin, tranquilo estoy.
Esto se arregla en seguida.
Con Luis, á quien llamaremos,
vás á ver á ese señor.
VICENTE. Qué dices?
FERN. Cuestion de honor.
Mañana nos batiremos.
Lo he decidido, y en suma
quiero ver si en la jornada
maneja tan bien la espada
como la lengua ó la pluma.
Quiero verle en situacion
y probar con mi destreza
si es tan blanda su cabeza
como tierno el corazon.
VICENTE. Vamos, calma, poco á poco.

FERN. Mañana mismo!
VICENTE. Fernando,
vuelve en tí, que estás hablando
como si estuvieras loco.
Yo quiero evitar que des
un escándalo, no sea
que el pícaro mundo crea
que ha sido lo que no es.
Pudo haber vacilacion;
mas no te faltó Lucía,
es sólo una simpatía
pasajera, una aficion.
FERN. Y cuándo, dime, ha tenido
ni derecho ni razones
para mostrar aficiones
á otro hombre que á su marido?
VICENTE. Y el que así preguntar osa,
cuándo ha tenido razon
para mostrar aficion
á otra mujer que á su esposa?
FERN. Aquí en coloquios está.
VICENTE. Yo hablar de sobra te ví.
FERN. Ella con versos aquí.
VICENTE. Tú con músicas allá.
FERN. No la ofendo de esta suerte.
VICENTE. Ni ella te llegó á ofender.
FERN. Yo soy hombre!
VICENTE. Ella es mujer,
y es débil y tú eres fuerte!
FERN. El que yo pueda faltar
no autoriza el mismo hecho.
VICENTE. Pero te quita derecho
y fuerza para acusar.
FERN. En ella es la falta eterna
y á mí mancharme no pudo.
VICENTE. Esa es la ley del embudo
de la sociedad moderna.
FERN. Y si así dan en pensar
¿por qué me culpas á mí?
¿Con esta disputa, dí,
qué me quieres demostrar?
VICENTE. Que tú la culpa has tenido.

Tus faltas sus faltas traen,
y que *de veinte que caen*
á diez empuja el marido!
Olmo tú, firme en el suelo,
ella vid, que á tí se aferra,
si te arrastras por la tierra,
¿cómo ha de mirar al cielo?

FERN. En fin, ¿qué he de hacer, Vicente?
Quieres que le deje entrar
y aquí la noche pasar
y amarla tranquilamente,
y consentidor palmario
me marche cuando le vea,
y le deje que la lea
la *Biblia* y el *Diccionario*?

VICENTE. Quiero ver en tí un marido,
un hombre, que no le veo.
Que tú la salves deseo,
puesto que tú la has perdido.
Entre tus amores cien,
ella se lleva la palma,
y allá en el fondo del alma
ella te quiere tambien;
y es mi constante querella,
mi resolucion aquí,
que ella no te pierda á tí,
que no la pierdas á ella.
Por esto me afano y lucho.

FERN. Qué hacer para no perderla?

VICENTE. Calma.

FERN. Prometo tenerla.

VICENTE. Y escúchame.

FERN. Ya te escucho.

VICENTE. Sin interrumpir.

FERN. Lo haré.

VICENTE. Siéntate.

FERN. Ya estás hablando. (Se sientan.)

VICENTE. Allá en los tiempos, Fernando,
de los visigodos.

FERN. Qué!

VICENTE. Que no interrumpas te digo.

FERN. Te vas hasta la creacion.

VICENTE. Hubo un rey en tu nacion,
que se llamó don Rodrigo,
y en el feliz tiempo aquel
de una hermosura se hablaba,
que se decía la Cava
que á poco acaba con él.
Galanteador, visionario
y de mucha fantasía,
por ella de amor ardía
como tú por la Rosario.
En sus brazos el placer
de un loco amor apuraba,
y de España se cuidaba
como tú de tu mujer.
El árabe astuto y bravo,
tal desconcierto al mirar,
supo á España conquistar
como á Lucía Gustavo.
Mas desde oculta guarida
como leones luchamos,
y un dia reconquistamos
toda la tierra perdida.
Pues la llegaste á perder
por un lamentable error,
vuelve á ganar con amor
el alma de tu mujer.
Brille la luciente espada
que decías tener lista,
y empiece la reconquista
desde Toledo á Granada!
(Pausa. Fernando pensativo.)
¿Qué tal?

FERN. De tí se burló
mil veces mi aturdimiento;
pero tienes más talento
y hasta más mundo que yo.
Tienes razon: para él
es quizás su simpatía;
pero mi dulce Lucía
no me puede ser infiel.
Pero no es triste tormento
pensar, al ver su desvío,

que sólo su cuerpo es mio,
que es de otro su pensamiento?
¿Y de qué me serviría
en mis brazos con placer
estrechar una mujer
que era mia y no era mia?
El corazon es un niño,
va donde le tratan bien.
La ha perdido mi desden,
la ganará mi cariño.
Si aún vivo en algun rincon
de su pecho, desde allí
conquistaré para mí
entero su corazon.
Si mi voz amante vibra,
y pues de amores me abraso,
le tomaré paso á paso,
le ganaré fibra á fibra,
hasta que al ver que vencí
esclame un dia contento:
¡Alma, cuerpo, vida, aliento,
toda entera para mí!

VICENTE. Bien; que nada te acobarde
y á luchar.

FERN. Sabré luchar.
Mas ay! si llego á tardar
siete siglos será tarde.

VICENTE. Tú temes?

FERN. Qué he de temer?
Confianza y valor me has dado.
Los brazos! Tú me has salvado!

VICENTE. Ahora á luchar y á vencer!
(Cae el Telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion; en la maceta colocada junto al balcon ha brotado una rosa.

ESCENA PRIMERA.

MARTINA.

Nada, trás mucho pensarlo
no sé cómo resolverlo.
Obré muy mal en hacerlo
y hago peor en callarlo.
Pues hablar, que es la razon.
En viéndole, se lo digo,
y si la pega conmigo
me aguanto la desazon
y me resigno á la pena
de que me ponga mal gesto.
Yo le tengo ley y esto
no debe ser cosa buena.
Qué ha de ser! Pues por lo mismo
yo que ni entro ni salgo...
pero y si descubro algo,
y hay en casa un cataclismo!
¿Y entónces? Y si por ser
tan reservada le hay.

¿Y entónces? Cabal! velay,
que yo no sé lo que hacer.

ESCENA II.

MARTINA, FERNANDO por la derecha.

FERN. Qué haces aquí?
MART. Yo, señor:
le esperaba.
FERN. Para qué?
MART. Tengo que hablar con usté.
FERN. Hablar conmigo?
MART. (Valor.)
FERN. Y de qué tienes que hablar?
MART. De un asunto y de un sujeto
tengo que hablar en secreto,
y que le puede importar,
y que no digo mentira,
porque yo le tengo ley,
porque usté... usté es el rey
de los hombres!
FERN. Mira, mira.
No estoy hoy para lindezas,
ni requiebros. Al asunto,
prontito, y hagamos punto
en piropos y ternezas.
MART. Esta mañana salí
á unas compras, y encontré
cerca un amigo de usté.
FERN. Mio?
MART. Un amigo de aquí,
de casa.
FERN. Bien, un amigo.
MART. Don Gustavo que venía.
Acompañarme quería.
FERN. Y fué á la compra contigo?
MART. Me dijo que era una pena
que yo sirviese.
FERN. Pues no.
MART. Y me dijo que era yo
una muchacha muy buena,

y me dijo: tiene usté
una cara y un palmito?
¿Eso es verdad, señorito,
verdad que nó?

FERN. Yo qué sé!
Quieres concluir, habladora?
Tanto rodeo, ¿á qué era?

MART. Pues me suplicó que diera
una carta á mi señora.

FERN. Y te la dió?

MART. Lo intentó;
pero yo me resistí.

FERN. Y al fin la tomaste?

MART. Sí:
hice mal sin duda?

FERN. No.

MART. Me lo pidió tan cumplido
y de tal manera, que...
Ay! qué cara ha puesto usté!
Si yo lo hubiera sabido!
Por mí enfadado el señor,
yo enfadarle, yo, malvada,
yo que por usted!...

FERN. Pesada!
venga esa carta.

MART. (Ay! qué humor!)
(Martina le entrega la carta.)

FERN. Abierta!

MART. La pegó mal
y se ha abierto sin querer.

FERN. ¿Pero has llegado á leer?

MART. Yo, señorito? Cabal!
Juro que no la leí.
Por supuesto.

FERN. No te creo.

MART. Si yo solamente leo
si son de molde.

FERN. Ahora, sí.
Ahora no puedo dudar.

MART. Vaya!

FERN. Márchate.

MART. Me voy.

FERN. No muy léjos.
MART. Cerca estoy
por lo que quiera mandar. (Sale por el fondo.)

ESCENA III.

FERNANDO.

Quién había de creer?
¡En el trance en que me veo!
Qué dirá? Leer deseo
y no me atrevo á leer.
Fuego en mis dedos derrama.
Ahora vá á saber mi afan,
que es lo que quiere el galan
y dónde llegó la dama. (Abre y lee para sí.)
Se queja. No ha vuelto á entrar...
Pinta con vivos colores.
Ah! ya salieron las flores.
¡Cómo habían de faltar!
(Vuelve al sobre la carta.)
Á mi gusto planteó
el gran problema el doncel.
Esto es decir: yo ó él.
Tiene razon: él ó yo.
Hombre nací de conciencia
y armas no le he de negar,
pues no la quiero ganar
por sorpresa ni violencia.
Para ella vá dirigida,
darla su destino quiero.
Que ella la lea primero
y que ella despues decida.

ESCENA IV.

FERNANDO, MARTINA.

FERN. Martina. (Llamando.)
MART. Ya estoy aquí (Por el fondo.)
FERN. (Cerrando la carta.)
Cerremos la carta ahora.

Esta carta á la señora.
MART. ¿Cómo á la señora?
FERN. (Dando la carta.) Sí.
MART. (Él mismo! Qué estoy oyendo?
Que esto en su cabeza quepa!)
FERN. No es preciso que ella sepa
que yo he leido....
MART. Comprendo.
FERN. Aunque en verdad no contiene
nada de extraño ni... estás?
MART. (Comprendo: sí tiene; más
debo entender que no tiene.)
FERN. El señorito Gustavo
se queja de que ha venido,
y no se le ha recibido.
Ahora de saberlo acabo.
MART. Órden fué de la señora.
Ya tres veces la excusé
y cabizbajo se fué.
FERN. (Comprendo la carta ahora.
Ya teme verle Lucía,
teme que el amor la abrase.)
Si viene y yo estoy, que pase.
MART. Está muy bien.
FERN. Órden mia.
Vé á dar la carta.
MART. Volando.
FERN. Silencio.
MART. Me callo.
FERN. Anda.
MART. Me voy. (Hasta cuando manda,
sabe mandar don Fernando.)

ESCENA V.

FERNANDO.

Veré quien llega á vencer;
yo voy con la frente alta;
su cariño, que es la falta,
el mio, que es el deber.
No quiero ser inhumano,

luchNaré con heroismo,
yo la llevé hasta el abismo,
voy á tenderla una mano
y podré salvarla así.
No puede verme... Allí está.
Ahora la carta la dá!
Se la guarda! Viene aquí!

ESCENA VI.

FERNANDO, LUCÍA.

Entra muy pensativa por la derecha sin reparar en Fernando.

FERN. Aun no ha leido el papel.
No repara en mí. Pasea
pensativa. Alguna idea...
De fijo pensando en él!
Ganarme su estimacion
necesito. Fácilmente...
Seré amable, complaciente,
cariñoso...
(Lucía se dirige al balcon.)
Vá al balcon!
¡Cómo la atrae el cristal!
(Contempla Lucía la rosa de la maceta.)
Ver la flor es su pretexto.
Vá á mirar si está en su puesto
mi venturoso rival.
Le lanzará una mirada
y él vendrá.
(Dando un puñetazo en la mesa.)
¡Por vida de!
LUCIA. (Asustada.) Ay! qué es eso?
FERN. Tropecé.
LUCIA. Me has dado un susto.
FERN. (Muy brusco.) No es nada.
Con tu sistema nervioso
no se puede uno mover!
LUCIA. Yo...

FERN. (Qué difícil es ser
amable y estar celoso!)

ESCENA VII.

DICHOS, ANTONIA por el fondo.

ANTONIA. (Entrando precipitada.)
Me alegro encontraros solos;
os vengo á hablar. Traigo nuevas
tristísimas para mí,
de una gravedad inmensa.
LUCIA. Qué te sucede?
FERN. Qué pasa?
ANTONIA. Que vengo á la casa vuestra
pidiendo hospitalidad,
un refugio, sólo media
hora. De aquí partiré
hácia la casa paterna,
porque no vuelvo á la mia.
LUCIA. Que no vuelves?
ANTONIA. No, ni hecha
pedazos, porque me engaña
el infame!
LUCIA. Tienes vena.
FERN. No es posible.
LUCIA. Sí es posible.
Tengo completa evidencia
y yo no aguanto estas cosas,
que tengo la manga estrecha
y esto no pasa. No soy
una de tantas babiecas
que se esperan medio siglo
á que el hombre se arrepienta;
y si tiene una querida
se arman de santa paciencia
y esperan á que les pase
de tal amor las molestias;
y si una segunda adoran
la recaida conllevan;
y si la tercera viene
les aguantan la tercera;

hasta el dia en que ya el hombre
muy cansado de correrla,
viejo, achacoso y con asma
y reuma y agujetas,
vuelve á casa arrepentido
y con la cara muy seria
á que le cuide la esposa
y le dé el caldo y las friegas!
Si está enfermo, al hospital,
ó que le cuide la bella
Rosario.

FERN. Rosario!

ANTONIA. Así
se llama esa buena pieza!
Una de Lima. Por eso
estos dias cuando almuerza
siempre está pidiendo limas
el bribon.

LUCIA. Pero estás cierta?
Pero cómo has descubierto?

ANTONIA. Si digo que tengo pruebas.
Si le he cogido unas cartas.

LUCIA. Unas cartas?

FERN. (Quien creyera...
Conque ese bribon tambien.
Pero esa infame coqueta.
Mas no. Ya caigo... Ay! Dios mio!)

LUCIA. Son de ella á él?

ANTONIA. De él á ella.
Pero qué cartas! Ni un horno,
ni un volcan! Con esa flema
que parecía un bendito.

FERN. Pero es su letra?

ANTONIA. Su letra.
Está muy desfigurada,
muy torcida, muy mal hecha,
de esas que fingen los hombres,
así, con la mano izquierda,
muy despacio, recreándose
y diciendo: si la encuentra,
como es tan torpe la pobre
valiente chasco se lleva,

no conocerá que es mia;
pero á mí no me la pega,
que ni yo me mamo el dedo
ni yo me muerdo la lengua.

LUCIA. Pero ha firmado?

ANTONIA. No firma.
Siempre acaba las ternezas
diciendo: tu pichoncito.
El pichon!

LUCIA. La firma es buena.

ANTONIA. Hasta en la firma está tierno.
El pichon! Esa pantera

FERN. Un pseudónimo, mujer.
Eso lo emplea cualquiera.

ANTONIA. Eso es una tontería,
pseudónimo ó lo que sea.
¡Mira que firmar pichon!
Pichoncito, con cuarenta
y pico; pero qué pico!
no de pichon, de cigüeña.
Por lo que dicen las cartas,
la consiente, la contempla,
y la regala y la adorna,
y la luce y la pasea,
y en fin, la lleva al Real,
¡al Real y á mí me lleva
á la Infantil! dí, ¿no es
para perder la paciencia?

LUCIA. Vamos, ten calma.

ANTONIA. Yo calma!

FERN. Esos ímpetus modera.

LUCIA. Puedes engañarte.

ANTONIA. No.

FERN. Mira que las apariencias...
Cuando en su poder están
que han concluido considera,
es que ellas las ha devuelto.
Tu situacion ten en cuenta.
Haces que no sabes nada,
te callas y así das muestras
de buen sentido.

ANTONIA. Callar?

¡Yo callar! Pues buena fuera.
Yo no soy una mujer,
soy una bomba de á treinta,
de á cincuenta, de á dos mil,
y en cuanto le vea cerca
estallo y aquí morimos
sin confesion!

FERN. (Ay¡ qué hiena!)

LUCIA. Creo que viene!

ANTONIA. Me alegro.

FERN. Por Dios, mujer, ten la lengua.

ANTONIA. Ponla un candado, un cerrojo,
que yo no puedo tenerla!

ESCENA VIII.

DICHOS, VICENTE por el fondo.

VICENTE. Fernando. (Bajo.)

FERN. Qué te sucede?

VICENTE. Perdóname: esta cabeza
maldita!

FERN. Qué te ha pasado?

VICENTE. El diablo que las enreda.
Á Rosario fuí á ver,
me dió tu correspondencia,
y á mi casa me la traje,
estoy fijo, en la cartera;
ya no están! Las he perdido!

FERN. (Son las mias! Ten clemencia,
Señor!)

VICENTE. ¿No me dices nada?

FERN. (Ahora te va á decir esta
lo que no quisiera oir.)

LUCIA. (Bajo.) Antonia, no seas terca.

VICENTE. Calla, tú aquí?

ANTONIA. Sí señor.

VICENTE. (Corriendo á Antonia.)
Pichona! (Muy cariñoso.)

ANTONIA. (Furiosa.) Á mí no me vengas
con pichones!

VICENTE. Pero Antonia.

ANTONIA. Esos bichos me revientan.
VICENTE. Pero mujer...
ANTONIA. Quita allá,
hombre de poca vergüenza!
FERN. (Buen principio.)
VICENTE. Mas qué es esto?
FERN. Nada, hombre, que tiene vena,
que está loca!
ANTONIA. Mas no tonta,
que es eso lo que él quisiera.
VICENTE. Pero qué quiere decir?
ANTONIA. Qué quiere decir? Pues, ea!
vas á saberlo, malvado!
¿Conque ella va en carretela
y tu pobre esposa á pie
lo mismo que una burguesa?
¿Conque ella á ver *La Traviatta*,
La Norma, *La Ceneréntola*,
y yo á ver las *Convulsiones*
de tia y sobrina? Ella
cubriéndose con encajes,
adornándose con sedas,
esmaltándose con joyas
y peinándose con perlas,
y yo á ver escaparates
de valde, sólo por fuera?
Pues yo soy una señora,
y yo soy tu esposa, y esa,
á lo más es prima tuya,
ó más bien, tú primo de ella!
¡Malvado, falso, perjuro,
traidor, hombre sin conciencia!
Yo con mis padres me voy;
con esa mujer te quedas,
con Rosario.
VICENTE. Con Rosario?
ANTONIA. Sí, la de las negras trenzas,
la de los ojos de endrina,
la del talle de palmera.
FERN. (Estalló la bomba!)
LUCIA. Basta
ANTONIA. Tus cartas me dan la prueba

de tu crímen.

VICENTE. Ya comprendo.
Pero Antonia, considera
que es un error.

ANTONIA. No es error.

VICENTE. Que estás ciega.

ANTONIA. No estoy ciega.

VICENTE. Si esas cartas son de...

FERN. (Tapándole la boca.) Calla!
hombre, por Dios, no me pierdas!
Que está mi mujer delante.

VICENTE. (Bajo á Fernando.)
Y la mia, está en Vallecas?

FERN. (Bajo.) Yo no quiero que adivine.

VICENTE. Y yo no quiero que crea.

FERN. Tú eres mi hermano!

VICENTE. (Bajo.) Y tú el mio!

FERN. Ten piedad!

VICENTE. (Bajo.) Tú tambien tenla!

FERN. No hables, por Dios!

VICENTE. (Bajo.) Quiero hablar!

ANTONIA. Fernando, no le reprendas,
no le riñas.

LUCIA. Pero Antonia.

ANTONIA. Es inútil la molestia.
Aunque me pida perdon
y de verdad se arrepienta,
y se ponga de rodillas,
y me bese las chinelas
como al Papa... todo en vano.
Yo soy inflexible y recta,
y á mí para perdonar
no me han dado las licencias.

FERN. Pero mujer...

LUCIA. Pero hermana.

VICENTE. Pero esposa.

ANTONIA. Bien pudiera
usté imitar la conducta
de su hermano.

VICENTE. Yo!

FERN. (Esta es buena!)

ANTONIA. Que es incapaz de faltar

á su esposa, que es su reina.

FERN. Bien dicho.

VICENTE. Fernando!

FERN. Calla!

LUCIA. Chica, no hay gran diferencia
entre los dos.

ANTONIA. Pues á fé,
á fé que si yo quisiera,
que si hubiese dado oidos...
Hay mil que conmigo sueñan,
que me quieren, que me adoran.

VICENTE. Antonia!

ANTONIA. Que me pasean
la calle.

VICENTE. Mujer de mi alma!

ANTONIA. Que aman y se desesperan.
Enfrente tengo un galan.

LUCIA. Pero, hermana, qué cabeza!

ANTONIA. Y al balcon se pasa el dia,
la tarde, la noche entera,
Gustavo.

VICENTE. ¡Cómo Gustavo?
(Anda, piensa que es por ella.)
Mujer, si Gustavo quiere...

FERN. (Tapándole la boca.)
Hombre, por Dios, ten en cuenta!

VICENTE. Caramba! Habrá que ser mudo,

ANTONIA. Nada, Fernando; no vuelvas
á amonestarle. Me voy.

FERN. Detente!

ANTONIA. No hay quien me tenga!

VICENTE. Mujer mia!

LUCIA. Hermana!

FERN. Antonia!

(Fernando detiene á Vicente: Lucía á Antonia.)

ANTONIA. (Presentando las cartas.)
Míralas, estas son, estas!
Por ellas nos separamos
para siempre!

VICENTE. Detenerla!

ANTONIA. Traidor!

VICENTE. Amor mio!

LUCIA. Antonia!
ANTONIA. Infame!
VICENTE. Mi vida!
FERN. Fiera!
LUCIA. Basta, vengan esas cartas.
Procedamos con prudencia,
con calma. Quizás te engañes.
Vamos á ver esas pruebas
y que se defienda él.
(Antonia dá las cartas á Lucía.)
ANTONIA. Toma, si, lee cualquiera.
LUCIA. (Lee para sí.) ¡Qué veo! No cabe duda!
VICENTE. (Cayóse la casa á cuestas!)
FERN. (Ha conocido... Me mira!)
LUCIA. Antonia... los celos ciegan:
aunque algo desfigurada
yo conozco bien la letra
y no es suya.
ANTONIA. Que no es suya?
LUCIA. No es de Vicente.
ANTONIA. Por fuerza.
LUCIA. Esta letra es de Fernando.
Fué sin duda á recogerlas
como hermano cariñoso.
Lo ves? Baja la cabeza!
VICENTE. (Bajo á Antonia,) Yo te la voy á cortar
por torpe!
ANTONIA. Á mi?
VICENTE. Si, y la lengua
despues!
FERN. (Todo se ha perdido!)
LUCIA. Toma, no quiero leerlas.
(Dándole las cartas.)
Puesto que son tuyas...
FERN. Mias...
(Qué derecho ni que fuerza
tengo ya para acusar!)
LUCIA. (Él me engaña y yo tan necia!)
(Se sienta y llora.)
VICENTA. Por tí, habladora!
ANTONIE. Ah!
VICENTE. Qué tienes?

ANTONIA. Una inspiracion suprema.
Di á Fernando que nos siga,
que pronto dará la vuelta,
no hablarla, dejarla sola.
(Sale por el fondo.)
VICENTE. (Bajo á Fernando.)
Hermano, ten fortaleza.
¿Te inspiro confianza?
FERN. Sí.
VICENTE. Sin dudas?
FERN. Confianza ciega.
VICENTE. Sígueme.
FERN. Dónde?
VICENTE. Despues
lo sabrás. (Cuando lo sepa
yo, que tampoco lo sé.)
FERN. Pero.
VICENTE. Ven.
FERN. Mas considera
que EL OTRO puede venir.
VICENTE. No importa. Deja que venga.
Ya saldrá por el balcon
si llega á entrar por la puerta.

ESCENA IX.

LUCÍA.

¡En qué situacion me hallo!
¡Qué contradiccion extraña!
Él me ofende y yo me callo,
él se rinde y yo batallo,
yo le soy fiel y él me engaña!
Y se irá diciendo ahora:
aunque es verdad que falté
no me sea usted traidora,
yo no la sostengo á usté;
mas no caiga usted, señora!
Á sostener no me avengo
esta lucha que sostengo,
porque ya no puede ser.

Cartas? Yo tambien las tengo.
Aqui está... La voy á leer! (Lee.)
«Desde una noche pasada
»á su lado, en que bebi
»nueva vida en su mirada,
»tres veces á verla fuí
»y me han negado la entrada.
»Tal esceso de crueldad
»con mil dudas me maltrata,
»y apelando á su piedad,
»como la duda me mata
»quiero saber la verdad.
»De la invencible pasion
»que me consume y devora
»escuche la confesion.
»¡Yo la quiero á usted, señora,
»con todo mi corazon!
»En estos dichosos dias
»y en las noches en que ciego
»compartí sus alegrías
»usté ha alimentado el fuego
»de las ilusiones mias;
»y pues compasiva fué
»y me ha robado la calma
»y la consagro mi fé,
»es necesario que usté
»me quiera con toda el alma.
»Bien sé que es ser inocente
»una mujer, que es gacela
»tímida que sufre y miente,
»pues su lábio se revela
»á decirnos lo que siente;
»más bastará para mí
»otro medio, un simple hecho,
»un símbolo baladí:
»una flor sobre su pecho
»querrá decirme que sí.
»En su balcon hay graciosa
»una planta que venera
»y en ella gentil y hermosa
»crece ya la primer rosa
»que nació esta primavera.

»Y pues para usted nació
»luzca en usted sus colores,
»y en su pecho mire yo
»la flor de nuestros amores
»que en su corazon brotó.»
¡Qué dice, gran Dios! Qué siento
al leer estos renglones
que han dictado el sentimiento?
En el alma ¡qué aflicciones!
¡Qué angustia en el pensamiento!
Su dulzura, su pasion
hicieron en mi nacer
una invencible aficion.
Tú le has llegado á querer!
Confiésalo, corazon!
Fernando olvida; otros aman.
¿Por qué luego nos infaman,
si el corazon que nos dan
como el hierro hácia el iman
acude donde le llaman?
Él me infama: esto es un hecho.
Me acusará! Ya derecho
no tiene. Qué dice aqui?
«Una flor sobre su pecho
«querrá decirme que sí»
Aun dudo? Qué tontería!
Su ejemplo bueno ha de ser.
Pobre rosa! tú eres mia
y aquí te voy á poner
sobre mi pecho!

FERN. (Entrando.) Lucía!

ESCENA X.

LUCÍA, FERNANDO.

FERN. (Qué iba á hacer? Oh! suerte fiera!)
LUCÍA. (Qué iba á hacer? Yo no lo sé!)
FERN. Detente y escúchame
quizás por la vez postrera.
Oye un momento y sabrás

toda la verdad de mí.
Seré culpable: eso sí;
pero hipócrita, jamás!
Por el lodo me he arrastrado
y allí encontré una mujer
que era... ¿Qué había de ser
si en el lodo la he encontrado?
Mas nunca... nunca Lucía
te he dejado de querer.
Muchas veces al volver,
pesaroso, yà de dia,
al que fué de amores nido
me decía placentero:
¡Esta es la mujer que quiero
y yo soy su preferido!
Y era así, porque al subır,
cuando con fuerza llamaba,
yo tus pasos escuchaba,
tú me salias á abrır,
y los brazos me tendías,
y me tendías la frente,
y acusabas dulcemente,
y con dolor reprendías;
y del dolor al esceso
una lágrima brotaba,
y yo tu llanto enjugaba,
y tú con ardiente beso
perdonabas mis agravios
y olvidabas tus enojos,
que el perdon nace en los ojos
y nos le entregan los lábios!
Hoy con desden me castigas
y haces bien: yo me condeno,
verdad, pero si no es bueno
este ejemplo no le sigas.
Es la venganza la impía
y mas vil de las pasiones;
y traiciones con traiciones
no se remedian, Lucía,
Aunque te olvides de mí
no me quieras agraviar.
No me llegues á faltar,

porque te ofendes á tí,
y honesta, tranquila, hermosa,
sublime, casta, inocente,
ostenta siempre en la frente
la corona de la esposa!

LUCIA. Qué dices! Con qué intencion
hablaste? Por qué perplejo
me miras? Eso es consejo,
es duda... es acusacion?

FERN. Si hay amargura en mi acento
es que te adoro, creeme,
y al entrar adiviné
entero tu pensamiento.
Estaba tu boca muda,
pero en tus ojos lei.
Cuando aquí te sorprendi
te torturaba una duda.
Aquella rosa tan bella
no cesabas de mirar,
la querías arrancar
para adornarte con ella.

LUCIA. Yo... para qué?

FERN. No estoy ciego.
Penetro en tu corazon.
Antes te pedí perdon,
ahora te dirijo un ruego.
Quieres prenderte una flor?
Lo quieres? Adornaté
con una que yo te dé,
con una mucho mejor.
Déjala vivir allí,
que cortada se consume,
tengo otra de más perfume
que he criado para tí!
El sol que la vió nacer
de su frente la dió un rayo,
es un capullo de Mayo
que te he mandado traer,
Rosa de inmensa valía.

LUCIA. Y esa Rosa ¿dónde está?
en dónde?

ROSA. (Desde dentro.) ¡Mamá, mamá!

LUCIA. (Lanzándose á la puerta.)
¡Rosa, mi Rosa, hija mia!
(Entra Rosa corriendo y se precipita en sus brazos.)

ESCENA XI.

DICHOS, ROSA.

LUCIA. Tú, en mis brazos!
ROSA. Que alegron!
FERN. (Yo me ganaré la palma!)
ROSA. Mamá mia de mi alma!
Papá de mi corazon!
Fueron por mí. Qué gustazo
me han dado! Pero, papá!
por qué léjos de mamá?
Ven á darnos un abrazo.
FERN. Rosa mia!
ROSA. Ven aquí.
FERN. (Con cuántos afectos lucho!)
ROSA. No es verdad que os quereis mucho
y que me adorais á mí?
FERN. Oyes? Nuestra hija querida
te habla en hora tan suprema.
Ahora resuelve el problema
terrible de nuestra vida.
Contempla lo que padezco,
aunque bien lo merecí:
allí una rosa, otra aquí,
esta es la que yo te ofrezco!
Mírame á tus piés llorando
y ya tu sentencia apresta:
aquella rosa ó esta?
LUCIA. Esta!
No me avergüences, Fernando!
Á otro hombre yo!...
FERN. Mi Lucía!
ROSA. Otro hombre! Por Dios, mamá.
Yo no quiero más papá
que este papá.
FERN. Rosa mia!

ROSA. Así, bien! Juntos vosotros (Abrazándolos.)
conmigo!
LUCIA. Perdon te pido...
FERN. Calla!
LUCIA. Mas ¿quién te ha traido?
(Vicente y Antonia entran.)
VICENTE. Quien la ha traido? Nosotros!

ESCENA XII.

DICHOS ANTONIA y VICENTE.

ANTONIA. Yo la idea concebí.
VICENTE. Yo la realicé al momento.
Si tienes mucho talento!
ANTONIA. Si vales un potosí!
VICENTE. (Á Fernando.)
Pero ¿qué haces, hombre?
FERN. Yo...
VICENTE. Dála veinte abrazos, tonto!
Cómetela á besos, pronto,
como yo me como...
ANTONIA. (Deteniéndole.) No!
VICENTE. Me rechazas?
ANTONIA. Rechazarte?
Venga el brazo!
VICENTE. (Dándola el brazo.) Antonia mia!
ANTONIA. Me quieres?
VICENTE. Más cada dia!
ANTONIA. Que vengan á separarte!
LUCIA. Yo os separo!
VICENTE. Tú, envidiosa!
ANTONIA. No lo podrás realizar.
LUCIA. Si es que te quiero abrazar,
porque has traido á mi Rosa!
(Se abrazan.)
VICENTE. (Bajo á Fernando.)
Quiero mucho á esa mujer.
Dála dicha, amor y calma;
mira, Fernando del alma,
que EL OTRO puede volver!

Que aunque derrotado está,
audacia y constancia tiene.

FERN. No temas: si EL OTRO viene
ésta me defenderá!
(Abrazando á Rosa.)
(Cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

AUMENTO A LA ADICION DE 11 DE JUNIO DE 1883.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
		COMEDIAS.	
Cambio de habitacion............	1	D. G. Gorriz...............	Todo.
Cortarse la coleta...............	1	E. Segovía..............	»
En el portal de mi casa..........	1	Juan Maestre..........	»
La catástrofe de Casamicciola.....	1	Jaime Piquet...........	»
Matrimonios modelo..............	1	R. Caruncho.............	»
Recuerdos de gloria.............	1	R. Caruncho............	»
Venga de ahí....................	1	Juan Maestre...........	»
El asistente Quiñones...........	2	E. Zumel..............	»
		ZARZUELAS.	
¡Á la Pradera! ¡Á la Pradera!.....	1	Sres. Maestre y Arnedo.....	L. y M.
Arte de Birlibirloque.......... ..	1	Caballero y Reig.........	L. y M.
Cantar victoria..................	1	Maestre y Arnedo........	L. y M.
Dos siglos en una hora, *revista*....	1	Maestre y Arnedo........	L. y M.
El Mascoto.....................	1	Cuartero y Taboada.......	L. y M.
El lápiz mágico..................	1	Palomino de Guzman....	L.
En el otro mundo................	1	M. Nieto................	M.
El mono Ton-Kóng...............	1	A. Croselles............	L.
Entre dos tios..................	1	Segovia y Nieto..........	L. y M.
I comici tronati.................	1	Palomino, Cuesta y Mangiagalli...............	L. y M.
La venganza de Mendrugo........	1	Palomino y Mangiagalli..	L. y M.
La del tren.....................	1	Croselles y Taboada.....	L. y M.
La mantilla blanca..............	1	Navarro................	$^1/_2$ L.
La gran noche..................	1	Juan Maestre...........	L.
La vuelta de Mendrugo..........	1	Juan Maestre y Arnedo...	L. y M.
Música del porvenir.............	1	Nieto..................	M.
Por una corbata................	1	M. Nogueras............	L.
Un lio en el ropero.............	1	Zumel y Croselles.......	L.
Valiente pesca..................	1	Juan Maestre...........	L.
Las mañanas del Retiro........ .	1	L. Arnedo.............	M.
La oracion de san Antonio.......	1	L. Arnedo.............	M.
La cruz de fuego...............	3	Pedro Miguel Marqués...	M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de *D. José Gaspar*, calle de la Montera número 3, de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon* y *Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4; *D. Eduardo Martinez*, calle del Príncipe, núm. 20, y *Saturnino Calleja*, Paz, núm. 7; *D. Eugenio Sobrino*, Santiago núm. 1, y de *Don Miguel Guijarro*, preciados, 5.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*, 15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.